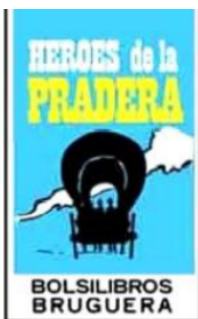
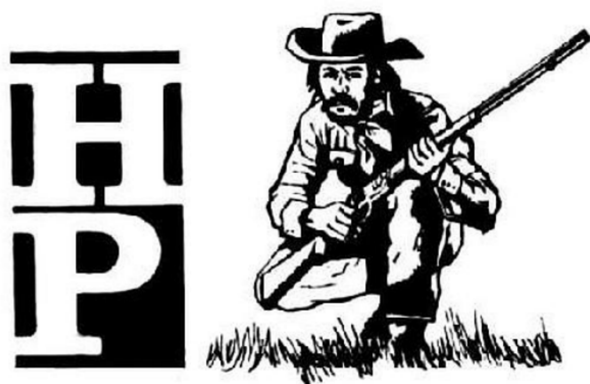



# JUGADOR Y AVENTURERO

Silver
KANE




HEROES DE LA PRADERA





# Silver Kane

# JUGADOR Y AVENTURERO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 549
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 15855-1980

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: julio, 1980



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

## CAPÍTULO PRIMERO
## EL PASO (NUEVO MÉXICO) 1861

Los dos hombres tenían pinta de guardaespaldas contratados a buen precio. Pistoleros profesionales a quienes habían pagado espléndidamente para proteger a otro hombre.

Tenían las manos cerca de los «Colt».

Sus facciones estaban tensas.

Sus cuerpos levemente arqueados.

El clima de silencio y de angustia que se respiraba en la calle había llegado a hacerse insoportable.

Frente a los dos hombres, estaba un solo tipo.

Un hombre alto, atlético, con las facciones tostadas por el sol.

A diferencia de sus enemigos, él no estaba tenso ni tenía arqueado el cuerpo.

Parecía como si para él nada de aquello tuviese importancia.

Hasta daba la sensación de que se aburría un poco.

Una ramita con un par de hojas descansaba en sus labios, que hasta un par de minutos antes habían sonreído.

Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, teniendo la derecha cerca del «Colt».

—Lo siento, muchachos —susurró—. Aún estáis a tiempo de retiraros.

Uno de los dos pistoleros que estaban frente a él, atentos a cualquier movimiento inesperado, masculló:

—¿Retirarnos? ¿Por qué?

—Porque os ha contratado un cobarde.

—Todos los que nos contratan son cobardes —gruñó uno de los pistoleros—. Gente que no sabe defenderse a sí misma. Pero de eso vivimos.

—Roland es mucho más cobarde aún. Abandonadle. No vale la pena que os arriesguéis por él.

—Nos ha pagado…

—Vuestras pieles valen más que el puñado de dólares que acabáis de cobrar. Vamos, pensadlo durante medio minuto… No vais a tener otra oportunidad como ésta.

Ninguno de los dos hombres vaciló.

Eran buenos profesionales.

Defenderían a conciencia la piel del hombre que les había contratado.

Uno de ellos, murmuró:

—Tú te llamas Lawson, ¿no?

—Exacto —dijo el pistolero solitario—. Ése es mi nombre.

—A ti te han contratado para matar a Roland.

—Cierto… —Lawson volvió a sonreír—. Yo soy un granuja, ¿sabéis? Siempre lo he sido. Pero la gente me contrata para matar a otros más granujas que yo. Por ejemplo, Roland.

Como los otros no hacían ningún gesto, murmuró:

—Vosotros no sabéis que Roland robó a una serie de pequeños ganaderos. Sus procedimientos fueron tan miserables que muchas familias quedaron en la ruina. Y esas familias reunieron lo poco que tenían y me lo entregaron a mi diciéndome: «Hala, perro, recupera nuestro dinero y mata a Roland. Ese cerdo se lo merece».

Uno de los pistoleros masculló:

—Eso no nos importa.

Y el otro:

—Nosotros hemos cobrado para defenderle.

—Y yo para matarle —murmuró Lawson—, de modo que entre profesionales está el juego: ¿Por qué no llegamos a un acuerdo?

—¿Qué acuerdo?

—Os doy una parte de lo que me han pagado a mí, os largáis y dejáis que me las entienda con él…

—Eso sería infamante para nosotros.

—Perderíamos nuestro prestigio.

Lawson se encogió levemente de hombros.

—Bueno, como queráis… —susurró.

Sabía que ahora todo era inevitable.

Eran dos contra uno y no contaba con ninguna ventaja. Pero viviría el más rápido.

Los dos hombres se movieron simultáneamente.

Eran expertos y hubiesen acabado con cualquier otro, pero no consiguieron nada contra Lawson. Lawson era un auténtico profesional, un rey del gatillo. Se dejó caer inmediatamente, con un movimiento tan veloz que resultó casi imposible seguirlo con la vista. Y disparó con la derecha, desde la cadera, un revólver que nadie le había visto sacar, tan rápidos habían resultado sus movimientos.

Dos llamaradas color naranja partieron de la funda.

Los dos pistoleros se estremecieron a un tiempo, mientras soltaban sus «Colt». Sólo uno de ellos había disparado. La bala se empotró en el suelo.

Desde el primer instante, Lawson se había propuesto no matarlos.

Al fin y al cabo eran profesionales como él.

Y le merecían un respeto.

En efecto, a uno le hirió en la cadera y al otro le perforó el brazo derecho, junto a la clavícula. Habían quedado fuera de combate, pero no estaban muertos.

Lawson guardó el «Colt» de nuevo, se acercó a ellos y señaló una puerta situada a no mucha distancia.

—Ya habéis cumplido —dijo—. Ahí vive el médico.

Y entró en la casa junto a la cual habían estado los dos hombres.

La casa que habían tratado de defender con sus cuerpos.

Naturalmente, estaba cerrada.

Pero Lawson no se detuvo. Disparó contra la cerradura y la hizo pedazos.

Dio un puntapié a la hoja de madera. Entró.

Y lo que vio dentro le hizo sonreír, pero esta vez con desprecio. El cobarde de Roland estaba allí. El cobarde de Roland intentaba protegerse tras una mujer.

Una mujercita preciosa.

Apenas veinte años.

Una auténtica monada.

Y además perfecta de edad para Lawson, que acababa de cumplir los veintidós. Roland barbotó:

—Lawson… Hace años que nos conocemos… Yo te suplico… Te suplico que no…

—¿Qué no te mate?…

—¡Devolveré el dinero que robé! ¡Haré lo que tú quieras! ¡Pero no dispares! ¡No aprietes más el gatillo, Lawson!

El joven miró entonces a la chica. La chica era morena, apasionada, llena de vida. La muchacha les miraba con odio a los dos: a él y a Roland.

¡Cómo habían cambiado las cosas!

En otro tiempo Rosanna, la hija de un riquísimo hacendado del Sur, no le había mirado con odio. Al contrario, incluso hubiera podido decirse que estaba enamorada de él. Pero ahora todo resultaba muy distinto…

Lawson musitó:

—¿Ibais a casaros?

Roland se agarró desesperadamente a aquella pregunta que le permitía ganar tiempo y enfocar el asunto por el lado sentimental.

—Sí —dijo—. Íbamos a casarnos… Todo está ya preparado… ¡No puedes disparar, Lawson!

Como si no le hubiese oído, Lawson murmuró:

—Ella nunca ha estado enamorada de ti.

—Puede que no, pero…

—Lo que pasa es que tú eres el vecino más rico de su padre, el poderoso señor Wyler. Y si unís vuestras tierras, ella será una de las propietarias más ricas del Sur. Dominará toda la zona de El Paso e incluso tendrá tierras a ambos lados de la frontera. Por eso se casa, muchacho. No te hagas ilusiones.

Los labios de Roland temblaron.

Pero no se había ofendido por aquellas palabras.

Al contrario, le daban una nueva esperanza.

—Lawson —dijo cobardemente—, ella siempre ha estado enamorada de ti.

—Hum… No te he perseguido para hablar de eso.

—¡Devolveré el dinero! ¡Lo tienes ahí, en ese maletín! ¡Pero déjame ir, por favor! ¡Déjame iiir!…

Su chillido fue casi femenino. Daba asco y pena al mismo tiempo.

Los ojos de Rosanna llamearon de desprecio.

Lawson murmuró:

—Recuperar el dinero fue una de las cosas para las cuales me contrataron. La otra fue matarte.

—Lawson… te lo suplico… Tú eres un jugador empedernido. Nunca te has negado a una partida de naipes. Podemos hacer un trato.

Lawson miró de reojo el mazo de naipes que asomaba por uno de los bolsillos de su camisa.

Era verdad. Nunca se había negado a una partida.

Pero ignoraba qué demonios se quería jugar el otro, si el dinero ya lo tenía perdido de todos modos.

—El dinero ya lo tienes —dijo el otro, adivinando sus pensamientos—. Repito que está en el maletín. Pero mi piel me la juego… ¡me la juego contra Rosanna! ¡Ella siempre te ha querido! ¡Llévatela!

Rosanna ni siquiera parpadeó.

Su desprecio era tan profundo que no quiso ni contestar a la proposición de aquel cobarde.

Lawson sonrió.

La idea pareció hacerle gracia.

Extrajo el mazo de naipes y susurró:

—¿A la más alta?

—A… a la más alta.

Los naipes fueron sobre la mesa.

—Baraja tú mismo:

Roland lo hizo con manos temblorosas. La muchacha seguía mirándoles con infinito desprecio. Pero, si uno se fijaba bien, notaba que en el modo de contemplar a Lawson había también admiración, mientras que en la forma de mirar a Roland había sólo asco.

—Corta.

Roland cortó.

Y eligió carta ansiosamente.

No era mala.

Un cinco de tréboles.

Pero Lawson podía mejorarla.

Lawson dijo con voz lenta:

—Recuérdalo. Si yo gano te mataré. Si ganas tú, puedes elegir entre defender tu cochina piel o cederme a Rosanna. Pero creo que para un hombre de verdad no habría dudas en la elección. Defendería su esqueleto.

Y eligió la carta.
Roland, lanzó un grito de triunfo.
¡La de Lawson era un dos de tréboles!
¡Había ganado él, Roland!
—¡Llévate a Rosanna! —balbució—. Llévatela y haz lo que quieras con ella. A mí no me interesa… Es… ¡es tuya!
Lawson se mordió el labio inferior.
Nunca había esperado oír aquellas palabras tan cobardes.
Y clavó sus ojos en Rosanna, aquella muchacha que siempre —era verdad—, había estado enamorada de él. Pero todo aquello parecía quedar tan lejos… ¡Tan lejos!…
—Llévame contigo —murmuró la hermosa hembra—. Llévame contigo y haz lo que quieras. Pero que ese perro se entere. ¡Quiero que se entere!, ¡quiero que sufra!
Y tendió hacia Lawson sus labios ardientes, rojos.
Unos labios de sirena.
O de diosa.
O de condenada pecadora de las que arrojan a los hombres al abismo.
Lawson la apartó poco a poco.
Sus ojos tenían un reflejo helado.
—Un buen jugador nunca se aprovecha de las circunstancias —musitó—. Y nunca se lleva una mujer que ha ganado a los naipes.
La apartó del todo.
Sus ojos se dirigieron hacia la puerta.
Rosanna, barbotó:
—¡Pagarás esto, maldito perro! ¡Ningún hombre me ha despreciado! ¡Lo pagarás, buitre!
Lawson pareció no oírla ya.
Había abierto la puerta.
En la calle alguien gritaba desaforadamente:
—¡Se ha declarado la guerra! ¡El Sur ha atacado al Norte! ¡Viva la Confederación! ¡Viva la Independencia!
La gente se reunía en grupos.
Pero Lawson pasó indiferente, avanzando hacia la salida de la ciudad. No se daba cuenta de lo mucho que aquella terrible noticia iba a significar para él. Lo único que tenía metido entre ceja y ceja era el recuerdo de una hermosa mujer que le despreciaba…

# CAPÍTULO II
# MAYFAIR (CAROLINA DEL SUR) 1863. NOVIEMBRE

El coronel rugía de cólera. Sus facciones habían enrojecido y las venas de su frente, monstruosamente hinchadas, parecían a punto de saltar.

—¡Es usted el granuja más grande con que me he encontrado en toda mi vida! —rugió—. ¿Por qué se ha incorporado tarde a su destino? ¿Sabe que ha estado a punto de hacer peligrar todos nuestros planes? ¿Por qué ha llegado con retraso? ¡Conteste!

El hombre que estaba frente a él sonreía deliberadamente.

Se adivinaba que hacía esfuerzos por no prorrumpir en sonoras carcajadas delante de su superior.

Éste al comprobar que sus palabras no surtían al menor efecto, aulló con más fuerza aún.

—¡Conteste!

—Llegué tarde porque tenía derecho a ello, mi coronel.

—¿Qué dice, teniente Lawson?

El teniente Lawson continuaba sonriendo, aunque procuraba hacerlo con disimulo.

Los dos hombres estaban frente a frente en el interior de un bosque y pertenecían al ejército del Norte aunque nadie lo hubiera dicho al verlos.

Iban vestidos de paisano con ropas más bien andrajosas, como las que empleaban los obreros, ocupados en la reparación de las vías férreas. No llevaban encima ningún documento de identidad ni distintivo alguno. Las armas que ocultaban bajo sus ropas no eran las reglamentarias.

No obstante había algo en su modo de moverse, en su manera de mirar, que indicaba que aquellos hombres habían estado llevando el uniforme toda su vida. Pero hacía falta fijarse muy bien en ellos para darse cuenta de eso.

Todos los restantes detalles les hacían parecer obreros empleados en trabajos de poca monta, de los que hoy se contratan para tender una vía férrea y mañana para picar piedra en las márgenes de un camino. Incluso las manos del coronel eran rugosas, como si hubiese trabajado toda la vida con ellas. No así las del teniente, pero de ese detalle aún no se había dado cuenta nadie.

—¿Por qué tenía derecho a llegar tarde, teniente Lawson? —rugió el coronel.

¿Usted recuerda que el teniente Sullivan tenía permiso?

—Sí, pero todos los permisos fueron anulados.

—Yo no lo sabía.

—¡Debiera saberlo, diablos! ¡Y no vuelva a contestarme en ese tono! ¡Además no veo qué relación puede tener con usted, grandísimo sinvergüenza, el permiso concedido al teniente Sullivan!

—Se lo gané a las cartas.

—¿Queeeé?

—Digo que se lo gané a las cartas, mi coronel.

—¿Sabe que está terminantemente prohibido jugar al póquer?

—Claro que lo sabía, mi coronel. He sido arrestado por ello diez o doce veces.

—Lo recuerdo. Al principio de la guerra era usted un oficial digno y cumplidor de su deber, y hasta se le concedieron dos medallas al valor. Luego… ¡luego fue el borracho, el jugador, el mujeriego más grande que ha existido en el ejército del Norte! Se le cambió dos veces de guarnición por líos de faldas. Se le envió a los lugares de mayor peligro, pero siempre lograba cambiar por otro jugándose el puesto a las cartas. Puede decirse que ha estado arrestado desde que nació… ¡Y ahora, cuando se le había seleccionado para una misión especial, cambia su permiso con el teniente Sullivan!

El teniente Lawson se pasó una mano por los labios para disimular su sonrisa.

—¡Póngase firmes!

—Sí, mi coronel.

—¡Aquí no nos ve nadie y puede respetarse la disciplina militar! ¡Como vuelva a moverse soy capaz de clavarle una bala aquí mismo! Creo que nadie lo lamentaría.

—Desde luego que no, mi coronel.

—¿Qué dice que ocurrió con el teniente Sullivan?

—Pues… Yo tenía interés en quedarme un par de días más en la base. Había una chica que… Bueno, el caso es que yo tenía interés. Sullivan contaba con un permiso y jugamos una partida de póquer. Las puestas fueron: su permiso contra cien dólares. Gané yo, me quité el uniforme y me largué del cuartel. Pero entonces las cosas se complicaron porque vino lo de esta misión especial.

—¡Exacto! —aulló el coronel—. Una misión especial ordenada por el propio secretario del ejército. Treinta hombres escogidos entre los más sinvergüenzas, para que si morían nadie lo lamentase, tenían que ser enviados tras las líneas enemigas, a Carolina del Sur. Se preparó una lista, se les llamó a todos, y usted no estaba. En su lugar estaba el pobre teniente Sullivan, que es padre de familia. Total, que tuvimos que marchar sin usted, sin el sinvergüenza de Lawson. Y al cabo de unos días se presenta aquí como si no hubiese ocurrido nada.

—Es que no ha ocurrido nada, mi coronel.

—¡Cállese!

Lawson calló.

El coronel descansó un momento, tratando de calmarse. Y cuando se le deshincharon un poco las venas de la frente dijo:

—Cuando usted, teniente Lawson, regresó al cuartel y se enteró por el teniente Sullivan de lo que había ocurrido, se puso el disfraz y corrió a unirse al grupo, pensando que si no llegaba a tiempo se exponía a ser fusilado. Pero ha tenido que atravesar completamente solo las líneas enemigas. Ha tenido que buscarnos de un lado a otro de este maldito hormiguero que es Carolina del Sur. Y si llegan a atraparle, ¿qué? ¿Y si le obligan a hablar y por su culpa se descubre todo el grupo?

—Usted sabe perfectamente, mi coronel, que yo hubiese muerto sin pronunciar una sola palabra.

—Las buenas intenciones no llevan a ninguna parte. ¡Lo que necesito son hechos…!, y los hechos demuestran que usted nos ha puesto en peligro a todos. Cuando volvamos a la base, si es que volvemos, se acordará de esto.

Lawson dijo tranquilamente:

—Bueno.

Tenía veinticinco años, era alto, muy robusto, con unos

músculos que parecían ir a hacer estallar la ropa. Su piel era morena, sus cabellos negros, sus ojos claros. Tenía algo magnético en su mirada, que a veces era dura y penetrante como una hoja de acero. Pero su indolencia y su tranquilidad recordaban a veces la de algunos habitantes del Sur, de esos que se mueven al lento compás de una armónica.

—No puedo pegarle ahora cuatro tiros, porque todos hacemos falta —dijo el coronel intentando serenarse—. Pero ya arreglaremos eso. Y ahora escuche con atención.

—Sí, mi coronel.

—Formamos un grupo, pero nunca vamos juntos. Las órdenes las reparto yo por medio de señales cifradas colocadas en un lugar preciso. Nuestro trabajo consiste en emplearnos en la preparación de una vía de gran importancia militar para los sudistas, la cual termina en Columbia. Dentro de una semana esa vía tiene que ser volada, a fin de que los sudistas no puedan enviar refuerzos a los frentes de combate. La cosa parece muy fácil, pero es endiabladamente difícil.

—Lo comprendo.

—Aunque son muchos los peones que trabajan en las vías férreas, los sudistas no se descuidan y los someten a todos a vigilancia. Ello les resulta más fácil aún por el hecho de que la mayor parte de los peones son esclavos negros, y los pocos blancos que pululan por allí resultan sospechosos. Además hay que tener oculta la pólvora, que precisamente está guardada en este bosque.

—Comprendo también.

—En todos los detalles debe usted recordar a un obrero empleado en las tareas más duras. ¿De acuerdo?

—Sí, mi coronel.

—A pesar de que es usted un granuja, resulta un tipo de recursos cuando hace falta. Por ello voy a convertirle en mi oficial de enlace. Pero si comete una sola distracción… ¡le juro que puede considerarse muerto!

—No me distraeré, mi coronel.

—A ver su revólver.

Lawson extrajo un «Derringer» que llevaba oculto bajo su camisa gris remendada en varios sitios.

Pero el coronel no se fijó en el arma sino en las manos finas del

hombre que se la tendía.

Eran las manos de un hombre que sólo ha manejado las riendas, el sable y el revólver, además de los naipes. No tenían ninguna de esas rugosidades y endurecimientos característicos del que ha trabajado con ellas largo tiempo, manejando azadones.

—Pero ¿cómo cree que van a fiarse de usted? —aulló el coronel —. ¡En cuanto le vean con estas manos le hacen fusilar inmediatamente por espía! ¡Nosotros, antes de partir, estuvimos manejando azadones día y noche, hasta que se nos formaron ampollas grandes como nudos!

—Es que si en las manos se me forman ampollas no podré jugar a los naipes, mi coronel —dijo tranquilamente Lawson.

Otra vez se habían hinchado las venas en las sienes del viejo oficial nordista.

—Ésta es una misión a la que todos nos exponemos a ser fusilados, Lawson —dijo con voz ronca—. No sé si volveremos con vida al Norte, pero si las cosas se tuercen por su culpa, le juro que le mataré con mis propias manos antes de que lo fusilen los sudistas, perro.

—Tendré sumo gusto en dejarme matar por usted, mi coronel, con la única condición de que el arma que se tenga que emplear la decida una partida de póquer.

—¡Lárguese o le mato ahora mismo!

—Con mucho gusto, mi coronel.

—¡Y a partir de ahora no vuelva a llamarme coronel! ¡Mi nombre es Talbot! ¡Recuérdelo! ¡Talbot!

—Muy bien, Talbot. ¿Quieres que fumemos un cigarrillo?

El coronel lanzó un rugido tan grande que por poco se le rompen las cuerdas vocales.

—¡Lárguese!

## CLINTON, CAROLINA DEL SUR 1863. DICIEMBRE

Todos los hombres enviados para destruir la vía férrea estaban en sus puestos, después de trabajar todo el final de año como unos obreros más. La voladura había sido aplazada dos veces, en vista de que los sudistas aplazaban también su ofensiva, puesto que el sabotaje tenía que producirse precisamente en el momento álgido de la batalla.

Y aquella noche iba a darse la señal.

El coronel mandaba un grupo, y el teniente Lawson otro, separados ambos por unas cinco millas de distancia. La vía tenía que ser volada en dos puntos, y a continuación se derrumbarían con explosiones unos desfiladeros para que masas de tierra y piedras cayeran sobre el tendido del ferrocarril. Preparar aquello costaría al menos dos semanas, y para entonces ya habría sido aplastada la última ofensiva del Sur.

Eran las dos de la madrugada.

Todo el mundo se hallaba en sus puestos. La pólvora había sido colocada. Las mechas estaban a punto.

De pronto, desde los diversos puntos en que se encontraban situados el coronel y el teniente Lawson se vio con claridad la señal convenida.

La señal era el incendio de un pequeño bosque, cuyas llamas se elevaron pronto a gran altura, siendo visibles desde puntos muy distintos. Aquello, al mismo tiempo, atraería la atención de los pobladores de la comarca y los contingentes del ejército confederado, distrayéndoles del verdadero peligro, que estaba en la vía férrea.

Apenas unos minutos después de aparecer las llamas en el horizonte, se oyeron varias explosiones hacia el Sur.

El teniente Lawson se acarició la boca con la mano derecha, que ahora estaba rugosa.

—El coronel ya ha actuado —dijo el hombre que estaba junto a él—. Ahora nos corresponde a nosotros. Prended fuego a las mechas.

—Sí, mi teniente.

—Una vez hayan explotado las cargas, dispersaos, y que cada uno trate de llegar a nuestras líneas por sus propios medios. Pero nada de causar víctimas, ¿entendido? Nuestra misión consiste únicamente en volar unas traviesas y unos pedazos de raíl, con lo cual no le arrancaremos la piel a nadie. Una vez salgamos de aquí, que nadie dispare si no es en defensa propia.

—De acuerdo, mi teniente.

Y el soldado añadió:

—No parece tener usted mucho interés por esta guerra. Adivino que lo de matar soldados enemigos no le hace muy feliz.

—Son hermanos nuestros y algún día lamentaremos su muerte. Sólo hay que acabar con ellos cuando no haya otro remedio.

—¿Sabe que por este camino nunca ascenderá, teniente? —preguntó el soldado.

—Lo sé de sobras, pero he averiguado que se gana mucho más dinero jugando a los naipes. Y ahora no perdamos más tiempo. Haga que se prenda fuego a las mechas en los lugares previstos.

El soldado se alejó y unos minutos después las explosiones ensordecían el aire quieto de la noche.

La vía férrea saltó hecha pedazos. Montañas de tierra y piedras se abatieron sobre ella en otros puntos.

La misión estaba concluida, y su éxito significaba ganar una batalla decisiva. La ofensiva del Sur, tanto tiempo esperada, llevaría a la confederación a su definitivo desastre.

Lawson ordenó:

—¡A dispersarse!

Todos se evaporaron como fantasmas en medio de la noche, buscando los difíciles caminos que habían de llevarles otra vez hacia las líneas nordistas.

Lawson marchó también.

Pero antes de alejarse de allí comprobó que no había perdido el paquetito de naipes que siempre llevaba en uno de los bolsillos superiores de su camisa.

## UNION, CAROLINA DEL SUR 1864. ENERO

El hombre colgaba de un árbol a la entrada de la ciudad. Lawson parpadeó al verlo, y tuvo que cubrirse los ojos porque los dañaba el sol.

El ahorcado estaba allí desde un par de horas antes.

Hacía un vientecillo frío, y su cuerpo se balanceaba trágicamente en la rama.

Lawson tragó saliva.

Era uno de sus soldados, uno de los que había participado en la voladura de la línea férrea.

Los sudistas lo habían ahorcado como a un delincuente común, en lugar de fusilarlo.

Había visto a otros hombres así a lo largo de su camino. Aquellas trágicas señales indicaban que la mayor parte de los

soldados estaban siendo capturados y ejecutados antes de llegar al Norte.

Debían quedar muy pocos.

Y entre esos pocos figuraba él.

Se hallaba muy delgado, pero quizá resultaba más atractivo que nunca por su piel atezada por el sol y sus ojos claros como dos pequeños lagos de agua limpia.

Claro que él no se daba cuenta de eso.

Pensaba en el muerto y en los otros muchos que le harían compañía a lo largo de las fatídicas rutas del Sur.

De pronto aquella voz:

—¿Interesado por el espectáculo, forastero?

Lo primero que Lawson pensó fue: «Ya estoy». Creyó que tendría detrás de él a dos o tres hombres armados. Pero cuando se volvió lentamente, procurando aparentar calma, vio que se trataba de un solo tipo.

Iba armado con un rifle, pero no parecía dispuesto a usarlo. El fulano tenía un aspecto pacífico, era gordinflón y en estos momentos mascaba tranquilamente unos granos de maíz.

Lawson se fijó en su rifle.

«¿Qué estará esperando ese tipo?», pensó.

—Siempre llama la atención un ahorcado —dijo Lawson sin comprometerse a nada.

—Pues si se queda en la población mañana verá a otro.

—¿Cómo?

—Capturamos dos. Dos de esos tipos que volaron la vía férrea hace una semana más al Sur.

—Ya sé.

—¿Quiere maíz?

—No, gracias. No tengo apetito.

Lawson llevaba cuarenta y ocho horas sin comer, pero no podía despertar sospechas.

—¿Dice que tienen a otro? —preguntó.

—Ahí dentro. Yo lo vigilo.

Señaló un pequeño edificio pintado de blanco, cuyas ventanas estaban enrejadas.

—¿Es una cárcel?

—Por el momento sí. Antes era el despacho del juez.

—¿Por qué no han matado a los dos hombres al mismo tiempo? ¿Por qué guardan al otro para mañana?

—Para que el ejemplo haga más efecto. Dos lecciones en el mismo día aprovechan menos que dos lecciones en dos días.

—Quieren que la gente se dé cuenta de que el que la hace, la paga, ¿no es así?

—Exacto. Si todo el mundo se da cuenta de que los enemigos están dentro de casa y campan por sus respetos, ¿qué va a ser esto? Hay que hacer un duro escarmiento. El general Wyler, jefe de esta zona, lo ha dispuesto así.

—¿El general Wyler?

Lawson lo había oído nombrar. Mandaba gran parte del contraespionaje del Sur, y era uno de los generales más duros de la Confederación. Además tenía fama de sinvergüenza.

Se daba cuenta de que aquel hombre le hablaba de cosas sabidas por todo el mundo, pero como él había estado aislándose de la gente igual que un animal salvaje, aquellas palabras le sonaban a novedad.

—Sí —continuó diciendo el gordinflón mientras tragaba maíz—, el general Wyler. Él ha enviado a muchos hombres especializados detrás de los fugitivos, y están cayendo como moscas. Ordena que los ahorquen uno por uno para que la gente se entere bien de que les estamos dando un escarmiento.

—Yo podría ser uno de esos hombres —dijo tranquilamente Lawson—. ¿No lo ha pensado?

—¿Usted? ¡Quía! Si usted huyera no estaría ahí plantado como una marmota delante de uno de sus compañeros muertos, exponiéndose a las miradas de todo el mundo. Esos tipos no se dejan ver más que por la noche, y nunca durante el día.

Lawson pensó en lo curioso que era su destino.

Precisamente porque no le importaba morir y se exponía más que nadie, sus enemigos no se fijaban en él. La mejor defensa que tenía, era casualmente, que no hacía nada para defenderse.

Sonrió el gordinflón.

—Usted debe aburrirse —dijo.

—¡Uf! Mucho.

Y añadió:

—Si no estuviera comiendo maíz todo el día, no sabría en qué

tener ocupadas las manos.
—¿Juega al póquer?
—¡Diablos, es mi debilidad! Me gusta más una combinación de cartas que una combinación de señora.
—Pues entonces podemos echar una partidita. Mire qué espléndida baraja. Y sin marcar.
Los ojos del gordinflón brillaban. Se había olvidado incluso de comer maíz.
Lawson pensaba que, si lograba distraer a aquél tipo, tal vez sería posible salvar a su compañero.
—¿Qué apuesta? —preguntó al gordinflón.
—Tengo cinco dólares.
—Sirven para pasar varias horas si hacemos puestas de diez centavos, y fijemos un tope de cincuenta.
—Muy bien. Entonces vamos allá.
Penetraron en el edificio blanco, y Lawson se fijó en las puertas de metal que debían dar a otras tantas celdas. En una de ellas debía estar encerrado su compañero, y tendría que averiguar en cuál.
No le iba a ser difícil.
El tipo del maíz tenía un aspecto aburrido e indolente que tumbaba de espaldas. Debía pasarse el día entero sin hacer nada. En cuanto estuviese muy interesado en los naipes, le preguntaría como al azar dónde estaba el prisionero. Luego le aplastaría la culata en el cráneo, procurando no matarlo, y en paz.
Empezaron a jugar. Lawson repartió.
—¿Cómo se llama, amigo? —preguntó enseguida.
—Bill.
—Vea su juego.
Bill descartó dos naipes.
—Cartas.
Lawson dirigió una ojeada a su combinación. Era sólida, pero no le importaba perder. Y necesitaba que las primeras partidas fuesen movidas por absorber la atención del otro.
Descartó sus dos mejores naipes, entre ellos un comodín.
Bill descartó también, ahora un solo naipe.
Lawson le sirvió.
—¿De modo que tiene un prisionero? —susurró distraídamente —. ¿No le da la lata?

—No se mueve en todo el día. ¡Imagínese! El pobre ve al ahorcado desde su ventana.

Lawson rió imperceptiblemente.

Ya sabía en qué celda estaba su compañero. No podía hallarse más que en la contigua a la fachada.

—Usted dice —musitó Bill.

—Voy a treinta centavos.

—¿No se atreve mucho?

—Tengo confianza en mi juego.

—¡Pues yo voy a cincuenta!

—Es el máximo.

—Ya lo sé. ¿Se atreve?

—Sí —dijo Lawson.

Mostró sus cartas. La combinación era floja, bastante inferior, desde luego, a la que había reunido Bill.

Los ojos de éste brillaron.

Estaba absorto en el juego, y Lawson pensó que las cosas iban más aprisa de lo que él había supuesto.

A la segunda partida podría aplastarle contra el cráneo la culata de su «Derringer».

Lawson pagó.

—Parece que tiene usted suerte, amigo.

—Siempre la he tenido, pero sólo en el juego. En cuanto a las mujeres, ¡puaf!

—¿Es que no abundan por aquí las chicas?

—Procuran irse a sitios más tranquilos porque no les gusta la guerra. A mí tampoco, claro, pero ¿qué le vamos a hacer? Yo no soy una chica. ¿Se atreve a subir las apuestas en esta segunda partida?

—No creo que le vaya a acompañar siempre la suerte.

—Tengo confianza —gruñó Bill. Y se llenó otra vez la boca de granos de maíz, poniéndose a masticar ruidosamente.

—Está bien. Vamos a un dólar. Reparte.

Bill barajó bien y repartió cinco naipes. Lawson examinó su juego, que era bastante flojo.

No podía dejar de pensar en el ahorcado que había cerca de la puerta y en el compañero que esperaba la misma suerte. Necesitaba actuar con rapidez si quería salvarlo.

Bill seguía masticando su maíz.

—La única chica decente que a veces viene por aquí es la hija del general Wyler —dijo con voz gangosa.

—¿La hija del general? No sabía ni que estuviese casado.

—Wyler es viudo. Un amargado, ¿sabe? Cree que la causa del Sur es la justa y está dispuesto a matar a medio país para demostrarlo.

—¿Usted piensa lo mismo?

—A mí me fastidian las guerras —gruñó Bill—. Sólo puedo decirle eso. En las guerras suelen morir sólo los que no tienen la culpa de nada.

Acababa de servirse y estaba absorto contemplando sus naipes, pensando seguramente si le convenía descartar o no.

Era el momento oportuno para asestarle en el cráneo un culatazo que le dejara sin sentido.

Lawson extrajo el «Derringer» y se dispuso a aplicar el culatazo.

Pero en aquel momento una voz se oyó en la puerta.

—¡Atízale a este hombre, angelito, y te juro que te vas al otro barrio!

Lawson comprendió que ya no tenía tiempo de girar su «Derringer» y apuntar hacia la puerta. Por el rabillo del ojo acababa de ver a tres hombres armados apareciendo en ésta.

Eran tres hombres con uniformes grises del Sur. Tres oficiales. Llevaban en sus diestras pesados revólveres de reglamento.

Bill levantó la cabeza y se quedó pasmado al ver que había estado a punto de pasar al mundo de los sueños.

—Pero… —balbució.

Lawson le dirigió una amable sonrisa.

—Es la guerra, amigo… La guerra. Tenía usted motivos para odiarla.

Uno de los oficiales disparó fríamente contra el revólver que Lawson empuñaba aún, haciéndoselo saltar de la mano y trazándole una línea sangrienta en ella.

Lawson se encogió con un gesto de dolor.

Los ojos claros brillaron peligrosamente.

—No tenía ninguna necesidad de eso —dijo, con voz lenta—. No tenía necesidad.

—Pero ¿quién es éste? —preguntó Bill, atónito, mirando a los oficiales—. ¿Es que hacía trampas en el juego?

—¡Me asombra que no se te hayan escapado todos los prisioneros, imbécil! —Gruñó el que acababa de disparar—. ¡Ese tipo es uno de los fugitivos, uno de los que volaron el ferrocarril!

Bill giró la cabeza y miró a Lawson con ojos extraviados, como el que contempla una aparición.

—Entonces, ¿lo ahorcarán como al otro? Lástima; parecía un buen muchacho. Yo…

—¡Tú nos ayudarás a ahorcarlos inmediatamente!

Lawson se cubrió la mano herida para que no goteara la sangre.

—Hágalo, amigo. No tenga remordimientos por despacharme al otro barrio.

El oficial que había disparado se acercó empujándolo hacia la puerta.

—¡Pronto! ¡Una cuerda!

Otro vio una soga colgada de una de las paredes y se apoderó de ella.

Lawson se encontró en la puerta sin saber cómo, ante el cadáver del otro ahorcado. No intentó resistirse porque sabía que era inútil. La partida le había sido adversa y tenía que saber perder.

—Te veníamos persiguiendo sin descanso desde hace más de veinticuatro horas —afirmó uno de los sudistas, clavándole en los riñones el cañón de su revólver—. Tú eres el teniente Lawson, no hay duda. Uno de tus hombres habló antes de colgarle de una cuerda.

—Sí, soy el teniente Lawson y exijo que se me respeten mis derechos. Tengo que morir fusilado, no en la horca.

—Los que no llevan uniforme mueren como los bandidos. Serás ahorcado junto a tu compañero y tu cadáver será expuesto veinticuatro horas. ¡Reza tus oraciones, si es que te acuerdas!

Lawson rió. No supo por qué, pero en aquel momento le entraron ganas de lanzar una carcajada.

—Tengo una idea —dijo.

—Pero ¿aún tienes ideas en estos momentos?

—Vamos a jugarnos la ejecución a los naipes. Si pierdo, me colgáis de este árbol. Si gano, elijo yo otro más bonito.

—No sé a qué viene este humor.

—Toda la vida me he estado jugando las cosas. ¿Por qué no puedo jugarme ahora esto?

—¡Basta ya de charla! ¡Lo único que puedes hacer es rezar!

Lawson comprendió que los sudistas tenían razón.

Había sido atrapado y tenía que pagar con la vida la misión que le encomendaron. No más comedias. Ahora, al final de la vida, tenía que tomarse una cosa en serio por primera vez.

Su compañero fue sacado de la celda.

Lawson lo miró.

Era uno de sus hombres. Un cabo llamado Stiwell que apenas había intervenido en nada. Sin querer, Lawson se acordó de la frase que había dicho Bill poco antes: «En las guerras suelen morir todos los que no tienen la culpa».

—Lo siento, Stiwell —dijo—. Me parece que he enredado las cosas. Si no llega a ser por mi, hubieses vivido hasta mañana.

—No se preocupe, teniente. Usted quería salvarme. He conocido su voz desde la celda y me he dado cuenta de su maniobra. Siento por usted que haya salido mal.

—Muchacho, voy a pedir que me ahorquen a mi primero.

El oficial que antes había disparado hizo una mueca.

—¡No! ¡Que muera después él! ¡Es un oficial!

—Oye, Klem, no hay razón para… —empezó a decir otro.

—¡Basta! ¡Primero el cabo!

La cuerda fue pasada por el cuello de Stiwell.

—Usted nunca quiso tomarse la guerra en serio, teniente —dijo mirando a Lawson—. Ya ve cómo tiene que terminar.

—No me la tomé en serio por algo que nunca quise decir a nadie —susurró Lawson mirando al suelo—. Fue algo muy sencillo, pero que me marcó para siempre. Al año de empezada la guerra, en una carga de caballería maté a mi mejor amigo, que era oficial con los sudistas. Cuando lo vi muerto y vi que era mi sable el que llevaba clavado en el pecho me juré a mí mismo que procuraría no matar a nadie más por causa de esta guerra. Y ya que no podía evitarla, resolví también no tomármela en serio. Llegaba tarde a todos los servicios, me pasaba el día jugando a los naipes. Odiaba esto con todas mis fuerzas, pero la guerra es siempre más fuerte que nosotros. En fin, muchacho, reza.

El cabo Stiwell estaba rezando ya.

Su ejecución fue rápida y hasta misericordiosa, si eso es posible hablando de la horca.

Antes de que Stiwell se diera cuenta, balanceaba ya su cuerpo bajo la rama más gruesa del árbol. Se contorsionó unos momentos, sólo unos momentos. Luego quedó inmóvil, espantosamente rígido.

Rechinaron los dientes de Lawson.

Por un instante sintió un salvaje deseo de revolverse y luchar hasta qué tuvieran que rematarlo a tiros como a un perro rabioso.

Le acometió un ciego impulso de pelear, aunque fuera con los dientes, para vengar la muerte infamante de sus compañeros.

Pero tenía ya las manos atadas a la espalda, y cuatro hombres le sujetaban férreamente como si hubieran adivinado sus propósitos.

Algunos hombres y mujeres habían salido a la calle, impulsados por esa morbosa curiosidad que siempre han despertado las ejecuciones, desde el principio de los siglos.

Alguien había traído otra cuerda y el lazo fue pasado por el cuello de Lawson.

Y en aquel momento, cuando ya esperaba el tirón fatal, el oficial llamado Klem se detuvo. Lawson le vio ponerse rígido y saludar llevándose la mano derecha al ala de su sombrero.

Se oía el ruido producido por los cascos de varios caballos al acercarse.

Eran cinco por lo menos.

El oído experto de Lawson hubiera podido señalar incluso la posición exacta de aquellos caballos guiándose sólo por el sonido que producían sus cascos.

Le alegró oír precisamente aquello al final de su vida. Los caballos fueron siempre sus mejores amigos. Era hermoso tenerlos allí cerca, oír su piafar en el momento de la muerte.

Oyó que Klem decía:

—A sus órdenes mi general.

Los otros se habían cuadrado también.

Los jinetes recién llegados estaban de espalda a Lawson, por lo que éste no podía verlos.

Uno de los corceles se aproximó más, y un hombre con uniforme de oficial del Sur se puso ante los ojos del confederado.

Lawson le reconoció. Era el general Wyler, jefe del contraespionaje del Sur, uno de los hombres más temibles de la Confederación y uno de los que conocían más secretos sobre ésta.

—¿Quién es? —preguntó Wyler.

Klem contestó sintiéndose importante:
—El teniente Lawson, señor, de la Caballería enemiga. Él fue uno de los que llevaron a cabo la destrucción de las vías férreas.
—¿El teniente Lawson? Supongo que él debía ser el ayudante del coronel, ¿no es así?
—En efecto, señor.
—Entonces, ¿a qué esperan para ahorcarlo?
—Eso es lo que íbamos a hacer precisamente ahora, señor.
—¿No es una lástima? Se trata de un hombre bastante guapo.
Lawson se estremeció al oír aquella voz.
¡Una voz de mujer!
Venía de su espalda, o sea, que él no podía ver a la que había pronunciado aquellas palabras. Pero sin duda se trataba de una mujer montada en uno de los caballos que acababan de llegar acompañando al general Wyler.
Vio que los ojos de ésta miraban detrás de la espalda de Lawson. Y Lawson se dio cuenta también de que los oficiales que iban a ahorcarle miraban embelesados hacia el mismo sitio.
Debía tratarse de una mujer hermosa.
—¿Qué es lo que dices, hija mía? —preguntó Wyler.
¡Diablos! La hija de uno de los generales más crueles e influyentes del Sur. La belleza de la que Bill hablara poco antes.
Lawson tragó saliva.
—Sólo le veo de perfil, pero me parece que es uno de los hombres más atractivos que he visto —dijo la misma voz.
—Y usted, nena, ¿qué tal está? —dijo Lawson entre dientes, mientras se disponía a volverse—. Yo también tengo derecho a verla, ¿verdad?
Klem rugió:
—¡No te vuelvas!
—¿Por qué? —preguntó Lawson con una estrecha sonrisa en los labios mientras se disponía a volverse—. Yo también tengo derecho a verla, ¿no? ¿La quieres toda para ti?
—¡Cállate o te mato de un tiro!
—Eso es lo que pretendo.
—Siempre me ha gustado que los hombres se pelearan por mí, pero no tanto —dijo la misma voz de mujer.
La joven tenía una voz de niña mimada y caprichosa que

tumbaba de espaldas.

Lawson escupió al aire y vio cómo el salivazo caía junto a una de sus botas.

—Menos ilusiones, nena —dijo sin volver la cabeza—. Y si crees que me deshago por verte, puedes empezar a comprarte un espejo.

Creyó entonces que ella lanzaría un grito de rabia y ordenaría que tirasen de la cuerda, porque estas palabras significaban una ofensa demasiado grave para una señorita del Sur acostumbrada a andar a latigazos con los esclavos. Pero precisamente porque esperaba eso, se quedó boquiabierto al oír decir:

—Haz que no le maten, papá.

—¿Cómo? —rugió el general Wyler.

—Tú no tienes la seguridad de que sea uno de esos hombres del ferrocarril, ¿verdad? ¿Por qué vas a ordenar su ejecución? Podemos estar todos equivocados.

Naturalmente, nadie hubiera creído en la sinceridad de aquellas palabras, porque la misteriosa muchacha, como todo el mundo, estaba convencida de la culpabilidad de Lawson. Pero era un cable lanzado por si el general quería recogerlo.

Y el general Wyler, en contra de todas las probabilidades, lo recogió.

Lawson había oído decir muchas veces que aquel hombre era un caprichoso, pero nunca hubiera podido imaginar que estuviese sometido, además, a los caprichos de su hija.

—Quizá tengas razón —dijo el general, acariciándose la barbilla —. Quizá sea cierto.

Y era como si sus palabras quisieran decir: «La guerra está perdida de todos modos. ¿Para qué vamos a complicar más las cosas?».

La misma voz de niña caprichosa dijo:

—Claro que tengo razón.

—¿De veras tienes un gran interés por ese hombre? —preguntó tranquilamente el general.

—No te lo puedes imaginar, papá.

—Pues, entonces, soltadle.

Lawson creía no haber oído bien.

—¿Queeeeeeé?

Klem se había puesto lívido.

—¿Significa esto que el prisionero no va a ser ejecutado, señor?

—¡Significa que va a ser puesto en libertad inmediatamente! ¿No me ha entendido? ¿O cómo quiere que se lo repita?

—Sí… Sí, señor.

Lawson se revolvió cuando vio que iban a soltarle las manos y a retirarle la soga del cuello.

—¿Estáis locos?

—El general lo ha ordenado —gruñó uno de los oficiales.

—¡No quiero deberle la vida a una mujer! —repuso Lawson—. ¡Que se vaya al infierno con caballo y todo! ¡No quiero seguir viviendo gracias al capricho de una niña mimada! ¡Colgadme de una maldita vez!

—He dicho que lo dejéis libre —decidió a su espalda una voz femenina, con un acento indolente y cansado de damisela del Sur.

—¡Al cuerno! —rugió Lawson no sabiendo encontrar en aquel momento otra palabra más ofensiva.

Pero los sudistas lo estaban soltando ya.

—Cuidado con volverte —masculló la mujer, siempre a su espalda—. Ya que no has querido verme la cara, no me la verás.

Lawson fue empujado brutalmente, y cayó al pie del árbol del que pendían sus dos compañeros.

—No creas que me molestaré en volver la cabeza, niña bonita —gruñó—. Y si hubiese de elegir entre tu caballo y tú, te juro que elegiría tu caballo.

—No me extraña. Lo necesitarás para huir.

—No pienso huir a ninguna parte.

Se oyó caracolear a los caballos muy cerca de él… Lawson fue a ponerse en pie y entonces los remos de una de sus monturas, hábilmente dirigida, lo enviaron al suelo otra vez, levantando una nube de polvo.

Varias carcajadas retumbaron bajo el árbol. Y por ser la más cercana la de la mujer, adivinó Lawson que era ella la que le había derribado.

—¿Vas a volver ahora la cabeza? —preguntó ella con voz desafiante.

—Píntate antes los labios, nena. Yo, ¿sabes?, soy muy exigente.

Se oyó la voz de Klein:

—Mi general, ¿por qué no lo despacho de una vez? ¿A qué

esperamos para terminar con ese perro?

—Déjelo.

Lawson se puso en pie y sacudió lentamente las ropas, afianzándose sobre sus plantas para no ser derribado de nuevo.

Pero esta vez nadie lo intentó.

—Me han conservado la vida —dijo al general sin volverse—. Pero ¿puedo pedir además un nuevo favor?

—¿Te parece poco seguir vivo?

—No pido nada para mí, sino para mis compañeros.

—Tus compañeros nada necesitan.

—Necesitan una sepultura.

—Ya se la daremos nosotros cuando transcurran veinticuatro horas.

—A nadie le gusta que lo entierren manos enemigas. Dejad al menos que lo haga yo.

—¿Y con qué vas a abrir sus fosas?

—Aunque sea con las uñas. Tengo tiempo para eso y para mucho más. Dejad que me los lleve.

La voz sureña de la muchacha se escuchó otra vez:

—Dejadle. Tengo curiosidad. Es un tipo fuerte, pero me parece que no podrá cargar con los dos cadáveres al mismo tiempo.

Klem disparó dos veces con excepcional puntería y dos cuerdas fueron segadas limpiamente.

Lawson, siempre sin volver la espalda para demostrar así su desprecio, puso en pie los dos cadáveres, uno tras otro, y los apoyó en el árbol del que poco antes colgaran. Para que no cayeran, sostuvo un cuerpo con una mano, mientras con la otra levantaba al segundo. Su fuerza y pulso eran extraordinarios. Cuando tuvo los dos cadáveres derechos ante sí se cargó uno en cada hombro y empezó a andar alejándose del grupo de jinetes. Sostener aquella terrible carga era una auténtica proeza, pero nadie hizo comentarios. Sólo la mujer que le había salvado la vida se pasó la lengua por sus labios resecos.

Pero eso Lawson no pudo verlo.

## CAPÍTULO III

Bill llegó al atardecer, cuando Lawson estaba a un par de millas de la ciudad, en una especie de barranco, ya sin fuerzas y con los dos cadáveres en tierra, junto a él.

Bill llegaba sudoroso, pero se sintió casi descansado al ver lo reventado que estaba Lawson después del terrible esfuerzo.

—¡Uf! —Gruñó—. ¡Le he buscado por todas partes!

—¿Para qué?

—Para entregarle esto.

«Esto» era un azadón con el cual se podía abrir una fosa en tierra que no fuese demasiada dura.

—Gracias, Bill, no debió haberlo hecho.

—¿Por qué no?

—Se compromete.

—¡Bah! Todo el mundo sabe que el Sur no va a ganar la guerra. Y, además al verle marchar, pensé: «¿Cómo diablos va a abrir ese tipo una doble sepultura con las uñas?».

—Ya ve. No he podido ni empezar.

—Está reventado. ¿Quiere un trago?

Extraía una botella chata de uno de sus bolsillos traseros del pantalón.

—Creo que me hace falta.

Lawson tomó la botellita que contenía un excelente *whisky*, y la dejó medio vacía de un trago.

—Me pondré a abrir las sepulturas inmediatamente —dijo luego.

—¿Quiere que le ayude?

—No. Bastante ha hecho ya.

—Bueno, como quiera. Comprendo que eso es una especie de homenaje que usted, rinde a sus amigos, y no pienso intervenir. Cuando termine emplee el mango del azadón para improvisar una cruz. Yo no lo necesito.

—Gracias, Bill. Gracias por todo.

Bill hizo un saludo, pero aún no se decidía a marcharse.

—¿Vio a la hija de Wyler? —preguntó al fin, rascándose la nuca.

—No, no pude verla.

—Pues lo siento.

—¿Tan bonita es?

—De lo más extraordinario que ha producido el Sur.

—Eso no me importa.

Y Lawson se puso a trabajar, removiendo la tierra blanda.

Bill le contempló en silencio unos instantes.

—¿De veras no quiere que le ayude?

—No, no hace falta.

Bill se volvió a rascar la nuca.

—La verdad es que usted no puso ningún interés en mirarla.

—Esta mujer me es tan indiferente como una estrella. Por mí puede estar adornando el cielo durante mil millones de años. Yo no levantaré la cabeza para mirarla.

—De todos modos, ella le salvó la vida.

—Lo hizo por capricho.

—Sí. Es una niña mimada, y cualquier cosa que le pide a su padre, éste se la consiente.

—Creí que el general Wyler tenía mal carácter.

—El general Wyler es una auténtica bestia, pero tratándose de su hija no sabe lo que le ocurre —dijo Bill.

Lawson alzó la cabeza, dejando de pelear por unos momentos.

—No crea que voy a estarle agradecido a esta niña mimada —gruñó—. En estas circunstancias, salvarme la vida fue un insulto.

—Pero a usted le gustó.

—Como le hubiera podido gustar un juguete.

—No es normal que Rosanna se fije en un hombre.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Rosanna.

—Extraño nombre.

—Parece mexicano, ¿verdad?

—Eso es lo que estaba pensando.

—Ella nació muy cerca de la frontera. Tiene una villa allí, medio yanqui, medio mexicana, junto a la ciudad de El Paso.

Lawson volvió a ocuparse en su siniestro trabajo.

—Nada de lo que se refiera a esa mujer me importa —dijo secamente—. ¿Por qué no dejamos de hablar de ella?

—Porque supongo que va a tener que encontrársela alguna vez, le guste o no le guste —dijo Bill.

—¿Por qué diablos ha de volver a encontrármela?

—A usted le ha parecido un insulto el que ella le salvara la vida en aquellas circunstancias. Pero a Rosanna le habrá parecido más insulto aún el que, después de salvarle la vida, no la haya mirado siquiera.

—La niña no está acostumbrada a eso, ¿verdad?

—No. Al contrario. Le parece lo más lógico del mundo que los hombres se derritan de amor por ella.

Lawson lanzó una carcajada, a pesar de tener tan cerca los cadáveres de sus compañeros.

—Me temo que la importancia de esa niña caprichosa bajará mucho cuando el Sur pierda la guerra, todos sus admiradores deben pensar, en primer lugar que es la hija del general Wyler. Mientras la Confederación exista, él podrá elevar o hundir a un hombre.

—No crea que Rosanna lo debe todo a la posición de su padre. Le repito que es muy hermosa.

—Mejor para ella.

Lawson siguió trabajando en silencio, abriendo una fosa estrecha, pero profunda, para que las alimañas no pudieran desenterrar los cadáveres. El sudor empezó a resbalar sobre su piel, y la camisa se le pegó estrechamente al cuerpo.

Las fuerzas le fallaban, pero continuaba abriendo la fosa, como si aquélla fuese la última tarea que quisiese realizar en su vida.

Bill se marchó media hora después, dejándole su botellita de *whisky*, que Lawson vació en un par de tragos, más.

Era completamente de noche cuando al fin pudo dar sepultura a sus dos compañeros cubriendo completamente la fosa y haciendo una improvisada cruz con la pala y unas ramas.

Bamboleándose y sin fuerzas para tenerse en pie, buscó con los ojos un lugar para pasar la noche.

Tuvo la sensación de que alguien le observaba desde la distancia, pero estaba tan reventado que ni siquiera pudo prestar atención a eso.

Encontró al fin, dos millas más lejos, una choza donde sin duda

los esclavos de una hacienda guardaban sus herramientas y sus útiles de trabajo.

La puerta no estaba cerrada. Pasó al interior y se dejó caer sobre unos sacos, quedando profundamente dormido.

Tan cansado estaba, que no se dio cuenta de que alguien, poco después, se ponía a montar guardia junto a la puerta.

## CAPÍTULO IV

La luz del día entró tan repentinamente en la casucha que Lawson tuvo un sobresalto. No comprendió cómo había amanecido tan pronto.

—¡Vamos! ¡Levántate!

Lawson parpadeó. Era una voz de mujer la que hablaba. La misma mujer que había abierto de improviso la puerta, disipándole las tinieblas y dándole la impresión de que acababa de amanecer en un instante.

Llevaba el rostro cubierto, aunque se adivinaba que era muy joven.

La muchacha estaba ante él, más altiva y desafiante que nunca. Contribuía a afianzar más esa opinión el traje de amazona que montaba y la fusta que empuñaba en su mano derecha. Su mirada relampagueaba al contemplar a Lawson.

Éste comprendió que se hallaba ante la hija del general Wyler…

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Conozco lo bastante bien estas tierras para saber dónde se puede ocultar un cobarde. ¡Sal de tu madriguera!

Las frases hirieron a Lawson más que si le hubiera maltratado con la fusta. Su sangre subió a su cabeza como un chorro vivo, caliente, espeso. Jamás le habían llamado cobarde. Jamás le había dicho nadie que él necesitase ocultarse en una madriguera.

Se levantó de un salto, y su mano fue hacia el rostro de Rosanna como si la hubiese movido un resorte. La abofeteó dos veces con tanta brutalidad que la hizo caer al suelo, aunque el pañuelo quedó en su sitio cubriéndole…

Si nadie había llamado aún cobarde a Lawson, nadie había abofeteado tampoco a Rosanna Wyler. Apoyada en sus dos manos, la muchacha miró hacia arriba, hacia el hombre, y éste supo leer en sus ojos el odio de una raza que vivía para la pasión. Las uñas de

Rosanna se clavaron en la tierra que formaba el suelo de la barraca. Y se mordió los labios con tanta fuerza que de ellos brotó una gota de sangre.

—Haré que te arrepientas de esto, Lawson. Te odio tanto que conseguir tu muerte me parece poco. Pero ya verás como una mujer sabe hacer sufrir y verás como tienes que arrepentirte de haberme conocido.

Lawson la contempló con una mirada lejana, indiferente.

—Levántate de una vez y dime a qué diablos has venido.

—Sal —ordenó la mujer, mientras relampagueaban nuevamente sus ojos.

Lawson dio un puntapié a la puerta y salió al exterior. Hacía un día de sol radiante, espléndido. Y bajo ese sol se hallaba reunido un grupo de unos ocho hombres.

Entre éstos había uno que llevaba las manos atadas a la espalda. Lawson tuvo un sobresalto al reconocerlo. Era Bill.

—¿Qué ocurre con él? —rugió volviéndose hacia Rosanna—. ¿Qué diabólica combinación has ideado ahora?

—Bill te ayudó. Es un traidor al Sur —dijo rencorosamente ella —. Vamos a azotarlo… ¡delante de tus ojos!

Las manos de Lawson se crisparon. Instantáneamente le dolieron todos los músculos y se contuvo, porque de lo contrario hubiese abofeteado nuevamente a Rosanna. Vio cómo ésta hacía una seña y dos de los hombres arrancaron de un tirón la camisa de Bill.

Lo que ahora iba a ocurrir era una humillación innecesaria para él; equivalía a marcarle de un modo que quizá no olvidaría nunca y que definiría su vida.

Pero Rosanna Wyler estaba autorizada para aquello en virtud del poder que allí ejercía su padre. Rosanna sabía bien que él no podía oponerse y ahora le miraba triunfante, agresiva, con unos ojos que, sin embargo, eran más arrebatadores que nunca.

—¡Empezad! —ordenó.

Uno de los hombres hizo oscilar el látigo, y lo aplastó varias veces contra la espalda de Bill.

—¡Esto es una crueldad innecesaria! —rugió Lawson—. ¡No podéis continuar! ¡Soltadle!

Los hombres miraron a Rosanna. Pero ésta, plantándose ante Lawson, gritó:

—¡Sopórtalo! Luego te tocará a ti.

De nuevo la sangre subió a la cabeza de Lawson y no supo lo que pasaba por él. Su mano izquierda voló hacia el rostro de Rosanna y se aplastó otra vez contra la fina piel de la muchacha, sin conseguir arrancar la máscara. Rosanna cayó a sus pies, estremeciéndose.

—¡Perro! —bramó uno de los hombres—. ¿Cómo te atreves…?

Avanzó hacia él dando saltos, y trató de clavarle los dos puños en el rostro. Pero Lawson, aun cuando estaba terriblemente fatigado, fue más ágil y certero. Su puño izquierdo se clavó como una catapulta en el mentón de su enemigo. Otro, a fin de liquidar la cuestión, desenfundó sus revólveres.

—¿Le doy, señorita?

Rosanna se levantó. Sus hombros temblaban y había un estremecimiento en sus labios. No miró a Lawson.

—No dispares —ordenó—. Y no castiguéis más a Bill. ¡Ahora le toca a Lawson!

Bill fue soltado.

Varios hombres se abalanzaron entonces sobre Lawson, todos a la vez. Lo inmovilizaron y lo ataron a uno de los salientes de la choza.

Luego empezó el terrible, el implacable castigo.

Más de treinta latigazos.

Cuando tuvo la sensación de que Lawson estaba muerto, ordenó Rosanna que cesase el castigo.

—Ahora —dijo con voz espesa—, después de esto… yo me sentiré triunfante aunque el Sur pierda la guerra.

## CAPÍTULO V

El gran salón relucía de sables y de charreteras sobre los azules uniformes nordistas. Muchos de los altos mandos de las tropas de la Unión, sobre todo los que habían tenido que ver con misiones de espionaje o contraespionaje, estaban allí. Había en el gran salón al menos cinco generales y doce o catorce coroneles.

Todos levantaron sus copas, brindando por el hombre que estaba sentado en el puesto de honor en la mesa.

El hombre levantó su copa también.

La guerra acababa de terminar. El Sur estaba completamente ocupado y vencido, y aquellos altos oficiales de la Unión, enfundados en sus uniformes azules, celebraban la victoria.

El único hombre que no iba de uniforme, sino vestido de paisano, aunque con ropas ostentosas y caras, era precisamente el que se sentaba en el puesto de honor de la mesa.

—¡Por la victoria! —brindó.

Y bebió de un solo sorbo el contenido de su copa, llena de legítimo champaña francés.

Cualquiera que hubiese visto de cerca al hombre vestido de paisano que ahora brindaba por la victoria del Norte, no hubiera podido dar crédito a sus ojos.

¡Porque aquel hombre era… el propio Wyler!

Llevaba una cadena de oro cruzándole de lado a lado el chaleco, había engordado y sus dedos relucían de anillos.

A pesar de no llevar el uniforme gris del Sur, se le reconocía fácilmente.

La única diferencia consistía en que ahora estaba más grueso y parecía muchísimo más rico.

—¡Por la victoria! —volvió a brindar cuando uno de los criados le hubo rellenado de nuevo su copa.

Y la vació de otro trago.

Ninguno de los altos oficiales del Norte que estaban junto a él correspondió a este segundo brindis, como si pensaran que ya habían hecho bastante aceptando el primero.

La mayor parte de ellos miraban a Wyler con asco, aunque ninguno trató de disputarle el puesto de honor en la mesa.

El general Sutton que estaba junto a él, se creyó obligado a decir:

—No le sorprenda la frialdad de mis hombres. La mayor parte de ellos no se quitan aún de la cabeza la idea de que es usted el enemigo.

—Sin embargo he hecho por la victoria del Norte bastante más que ellos, ¿verdad? —preguntó Wyler lanzando una carcajada y haciendo temblar la cadena de oro que le cruzaba el chaleco.

—Cuando usted reveló al alto mando unionista todos los secretos militares del Sur, precipitó sin duda el fin de la guerra —reconoció sin mirarle el general Sutton.

—Lea hice un gran favor, ¿eh?

—No podemos negarlo.

—Gracias a mí ganaron más fácilmente las últimas batallas.

El general Sutton se limitó a contestar:

—Usted, como jefe del contraespionaje del Sur, conocía todos los secretos militares. Su trabajo fue sencillo.

Wyler rió otra vez, mientras vaciaba otra copa.

—Claro que ustedes llaman a esto traición —dijo Wyler pensativamente—. Para usted yo, en mi calidad de jefe de contraespionaje del Sur, tenía que haber muerto gloriosamente defendiendo mi bandera en lugar de ir al enemigo y venderle todos los secretos cuando sabía que la Confederación ya no iba a poden ganar la guerra. Eso es lo que ustedes piensan, ¿verdad?

El general Sutton no contestó.

Wyler continuó, mientras tendía la copa a un lacayo para que se la llenase de nuevo:

—Pero para mí la guerra ha sido un negocio y nada más que un negocio. Gracias a esta lucha gané muchísimo dinero y pude adquirir una de las, mejores haciendas del Sur, donde ahora vive mi hija. Soy millonario y voy a casarme por segunda vez. ¿No sabe con quién, general Sutton? Pues con una muchacha de veintidós años que es una maravilla de mujer.

Sus ojos brillaban, y el general Sutton no pudo reprimir un leve gesto de repugnancia.

—¿Qué ha sacado usted de esta guerra? —preguntó Wyler cada vez más excitado—. Muchos honores eso sí, pero no tiene un centavo y a causa de una herida no puede mover el brazo izquierdo. Yo pensé: «Si continúo siendo fiel al Sur van a acabar colgándome, mientras si vendo al Norte los secretos militares que conozco, van a tener que pagármelo a peso de oro y garantizarme la libertad». Y ustedes prometieron tres cosas a cambio de mis secretos: La primera fue que respetarían todas mis propiedades, la segunda que los vencedores no me tocarían un pelo de la ropa, la tercera que me dejarían brindar por la victoria en unión de sus generales. Y aquí estamos…

El general Sutton gruñó:

—No comprendo a qué viene este último capricho. Brindar con nosotros… ¿Qué gana con eso?

—Saber que no tienen más remedio que aguantarme —dijo cínicamente Wyler—. Si alguno de ustedes me vuelve la espalda, yo siempre podré decir: «Ayer me ofrecieron una fiesta en un magnífico hotel y brindaron conmigo, concediéndome el puesto de honor de la mesa». Así sé que ustedes tienen que tragarse su desprecio general, y eso es importante para un hombre orgulloso como yo.

Sutton se encogió de hombros.

Wyler le daba asco, pero debía aguantarse porque ésas eran las órdenes recibidas.

Deseó con todas sus fuerzas que terminara pronto aquella fiesta y comprendió que todos estaban pensando lo mismo.

Pero tras los brindis fue servida una copiosa comida, y luego café y cigarros. A pesar de las fuertes bebidas y los numerosos platos, el ambiente no se caldeó. Los oficiales del Norte comían en silencio, como repugnándoles la proximidad del traidor, aunque la traición hubiera sido beneficiosa para ellos.

Por fin terminó la fiesta, y todos se retiraron. El general Sutton, por simple cortesía, se creyó obligado a preguntar a Wyler:

—¿Ya tiene alojamiento?

—He alquilado dos magníficas habitaciones en un hotel. Allí me espera una bailarina, ¿sabe? Hicimos amistad anoche.

Y guiñó un ojo.

Sutton lamentó que su uniforme y las órdenes recibidas le impidieran abofetear a aquel hombre. Saludó rígidamente y se retiró con sus compañeros, dejando solo a Wyler.

Éste bebió aún un vaso de tequila recién traída de México y abandonó el hotel, unos diez minutos después de haberse marchado todos los otros.

Se sentía magníficamente bien, se sentía en forma.

Todo marchaba a las mil maravillas.

Su hija Rosanna estaba cerca de El Paso, como dueña de una finca que valía centenares de miles de dólares, y que les aseguraba para siempre la riqueza a los dos. Con ella, en calidad de profesora suya, vivía Ethel. Ethel era la muchacha que él tenía reservada para esposa. Dentro de un mes escaso celebrarían la boda.

Y mientras tanto… ¡A vivir!

Sheila, una de las más atrevidas y hermosas bailarinas que él había conocido en su vida, le aguardaba en su habitación del hotel. Y Sheila era una mujer como para olvidarse de todo, excepto de no perder el tiempo con ella.

No hacía aún ni veinte días que el Sur se había hundido, y Wyler consideraba que su jugada, vendiendo todos los secretos militares al Norte, cuando éstos aún tenían algún valor, había sido una jugada maestra. Gracias a ella era él un millonario mientras otros altos jefes del Sur habían tenido que huir a México o vivían como prisioneros de sus enemigos.

Pero él se había sabido organizar mejor. Para él la vida era maravillosa.

Entró en el hotel. Como había repartido espléndidas propinas, todo el mundo se inclinaba ceremoniosamente a su paso.

En algunas miradas creía percibir el odio que ahora le profesaban las gentes del Sur, pero él no se dignaba darse cuenta.

Subió a su habitación, consistente en dos grandes piezas, las cuales estaban separadas entre sí por una cortina de terciopelo verde.

Se pasó el dorso de la mano por la boca; que notaba muy espesa, y llamó:

—¡Sheila! ¿Dónde estás?

Desde detrás de la cortina verde le saludó la voz dulce de la

bailarina:

—Ahora me verás.

—¿Qué haces?

—No seas impaciente, me estoy ajustando las medias.

—Deja que te vea.

—¡No entres aún, Wyler!

Pero Wyler, pasándose la lengua por los labios secos, avanzó hacia la cortina y la descorrió de un golpe.

Contuvo un alarido.

Sheila estaba allí, desde luego. Pero ni ajustándose las medias ni nada. Qué diablos. Ahora no parecía una bailarina. Estaba sentada en una butaca, con las piernas cruzadas, pero cubriéndolas, con su falda hasta más abajo de las rodillas. Tenía una expresión hierática, hosca. Sus labios estaban apretados y parecía a punta, de gritar o de ponerse a insultar en voz alta.

Pero eso no era todo.

Lo que estuvo a punto de hacer soltar un alarido a Wyler fue ver a cinco hombres rodeando a la bailarina.

Lo que debía haber sido un nido de amor, parecía ni más ni menos que un consejo de guerra.

De aquellos cinco hombres, cuatro llevaban largas levitas negras que se habían desabrochado. Y debajo de ellas se mostraban las grises guerreras del Sur.

Los pantalones no eran de uniforme, sino correspondientes a unas vestiduras normales. De este modo, con las levitas abrochadas, podían haber llegado allí sin dificultad.

Pero ahora eran exactamente igual que un tribunal que hubiese de juzgarle.

El quinto hombre era el único que no iba uniformado. Era joven, alto, muy fuerte, de rostro atractivo, y vestía como un tahúr, con una elegancia un poco forzada. De uno de los bolsillos superiores de su chaleco asomaba el extremo de un mazo de naipes.

Wyler no llevaba más que un pequeño revólver en una funda sobaquera. Fue a sacarlo, pero en ese momento uno de los sudistas movió ligeramente la mano derecha.

Llevaba ya en ella un pequeño «Derringer».

—Le advierto, Wyler —dijo con desprecio—, que toda la servidumbre de esta parte del hotel ya está de acuerdo con

nosotros. Nadie va a moverse aunque aquí se oiga un disparo, de modo que podemos permitirnos el lujo de tirar a las piernas y dejarle quieto como una rata dentro de una jaula. Le aconsejo que no se mueva si no quiere prolongar sus sufrimientos.

Wyler, con ojos extraviados, contempló el rostro despectivo de la bailarina, y sus manos se convirtieron en garfios.

—¡Perra! —aulló—. ¡Todo ha sido una trampa! ¡Tú has preparado esta ceremonia! ¡Condenada zorra!

Intentó abalanzarse sobre ella para abofetearla, pero la bota de uno de los cinco hombres lo rechazó, enviándolo junto a la puerta.

Aquella puerta daba a un pequeño cuarto de baño, pues el departamento era de gran lujo, y Wyler pensó desesperadamente que tal vez lograse huir por allí, pero no alcanzó a tocar la hoja de madera.

Otro golpe lo envió contra las cortinas. Tuvo que asirse a ellas, y las cortinas cayeron. Wyler rodó por tierra, envuelto en el terciopelo verde, mientras los sudistas lanzaban una carcajada.

Lo envolvieron con las cortinas y lo colocaron hecho un fardo sobre la cama.

Wyler tuvo que hacer grandes esfuerzos para poder sacar la cabeza. Lo consiguió cuando ya estaba a punto de ahogarse.

Su rostro congestionado provocó las carcajadas de todos los que estaban allí, incluso la bailarina.

Uno de los sudistas se acercó a él y le propinó otro puntapié. Un segundo extrajo una cuerda, atando el fardo que constituía Wyler y las cortinas. De este modo el ex general quedó como un paquete, sin posibilidad alguna de moverse.

El más viejo de los cinco hombres se adelantó unos pasos.

Tenía la larga barba blanca y sus ojos enrojecidos, eran los de un obsesionado. Podía decirse que aquel hombre tenía mirada de loco.

Wyler le conocía.

Era el coronel Herter, de la Caballería del Sur, famoso por su crueldad y por la audacia diabólica de sus jinetes.

La voz de Herter era cavernosa, como una voz de ultratumba.

—Nos hemos reunido aquí para juzgarle, Wyler —dijo—, constituyéndonos en tribunal ante el que habrá de responder de los delitos que se le atribuyen. Se le acusa de haber traicionado al Sur, vendiendo a los generales de la Unión secretos militares que

precipitaron la ruina de nuestro ejército. ¿Qué responde?

—¡Respondo que esto es una farsa!

Herter no se inmutó.

—Hace unos minutos estaba festejando su traición en compañía de los oficiales enemigos. ¿Qué tiene que decir en su disculpa?

—¡Nadie puede juzgarme legalmente! ¡El Sur ha desaparecido! —gritó Wyler, sintiendo en su espalda el estremecimiento de la muerte.

Porque los ojos de Herter eran, realmente los de un loco y sabía que no podría esperar compasión de él.

Los otros tres sudistas le miraban como perros de presa dispuestos a saltar, Parecía como si aguardasen sólo una orden para despedazarle. El único que le miraba con expresión divertida era el joven tahúr por cuyo chaleco asomaban unas cartas.

—El Sur no desaparecerá nunca —dijo el coronel Herter—, aunque los perros como tú intenten despedazarlo. ¿Qué respondes a la acusación de alta traición? ¡Habla!

Wyler no respondió.

Se daba cuenta de que nada podía decir, de que estaba en poder de aquellos hombres y de que su justicia inexorable iba a ser cumplida.

Herter había llegado a ahorcar a prisioneros de guerra. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo con él?

Trató de revolverse, con el miedo pintado en el rostro.

—¡No podéis hacer esto! —aulló—. ¡No podéis!

—Nada has respondido a las acusaciones que se te hacen —dijo sombríamente Herter—. Por tu graduación conoces la pena que corresponde al delito de alta traición es la pena de muerte. ¡Y nosotros vamos a ejecutar ésta inmediatamente!

—¡No tenéis autoridad para ello! ¡No podéis formar un tribunal! ¡El Sur se ha rendido!

Los ojos iluminados de Herter acentuaron su brillo.

Dejó elevar su mirada al techo, como si buscara el cielo, y sus largas barbas blancas le dieron por un instante un extraño aspecto de profeta.

—El Sur somos nosotros —dijo con voz ronca—. Mientras nosotros vivamos el Sur vivirá también.

Se volvió y su dedo sarmentoso señaló bruscamente a Wyler

como si señalara a un atacado por la lepra.

—¡Pero no podemos dejar traidores a nuestro paso! ¡Wyler ha sido condenado a muerte! ¡Colgadle!

Una soga había aparecido en las manos de otro de los sudistas. Todo estaba preparado por lo visto, para que la ejecución fuese inmediata. Wyler se dio cuenta de eso y el miedo más espantoso se apoderó de él.

—¡Noooooo…! —aulló—. ¡No podéis matarme así! ¡Noooooo…!

La bailarina se puso en pie entonces, ceremoniosamente, y le escupió en la cara.

—El Sur te maldice —susurró—. ¡Muere como un perro!

La soga fue ceñida al cuello de Wyler, que apenas quedaba fuera del revoltijo formado por la cortina y las cuerdas.

El tipo de la baraja la sacó e hizo girar velozmente los naipes entre sus dedos.

—Si sale un as lo colgamos en esta habitación —dijo con indiferencia—. Si sale una figura lo colgamos en la otra.

Cortó dos veces, con hábiles movimientos, y lo primero que salió fue figura.

—Colgadle en la otra —decidió con un bostezo.

La bailarina lo contempló con admiración, dejando resbalar sus ojos por su atlética figura.

—Tú siempre tienes que estar a vueltas con las cartas —dijo—. ¿No sabes hacer otra cosa?

—Sí, besar a las chicas.

La bailarina suspiró, lanzando incluso un gemido de anticipado placer, pero no pudo dedicar más tiempo al jugador porque le interesaba en mayor grado el espectáculo de la ejecución de Wyler.

La soga había pasado por el gancho que sostenía la lámpara, gancho que era lo bastante sólido para sostener un cuerpo humano. Wyler trataba de revolverse, pero las cortinas se lo impedían. Era como si estuviese ya dentro de su ataúd.

Herter volvía a tener otra vez mirada de profeta.

—Que Dios se apiade de tu alma —dijo.

Fue él quien tiró del otro extremo de la cuerda, hasta que el cuerpo de Wyler quedó en el aire.

La ejecución resultó angustiosa, cruel y lenta.

Wyler murió como jamás hubiera sospechado que iba a morir.

Y precisamente aquella noche.

Los cinco hombres contuvieron un gesto de repulsión, pero no apartaron los ojos de Wyler hasta que éste dejó de retorcerse.

Luego Herter se volvió hacia el jugador y clavó en él sus ojos de iluminado.

—Ahora queda la hija —susurró.

El joven jugador estaba guardando las cartas. La bailarina se había colocado junto a él.

—La hija —susurró—. Rosanna, ¿eh?

—Tú la conoces bien.

—La verdad es que nunca le he visto la cara, pero llevo todo el cuerpo marcado por su culpa.

Herter musitó:

—Rosanna tiene que morir.

—Bueno, pero… Sí, ya habéis despachado a su padre, ¿por qué tiene que cargársela también ella?

—Rosanna acompañó siempre a Wyler y es responsable de su traición. Vive ahora en una maravillosa finca, cerca de El Paso, finca que ha sido comprada con el oro del Sur, y el Sur necesita su sangre para quedar limpio. —La expresión y la voz de Herter parecían más que nunca las de un iluminado—. Hemos decidido contratar a un hombre para que la mate. Ese hombre podría ser usted.

El jugador se encogió de hombros.

—No siento por Rosanna la menor simpatía —fue todo lo que dijo.

Acarició la cintura de la bailarina y luego susurró:

—Pero ¿por qué no la matan ustedes? A lo que parece soy la comisión liquidadora de las cuentas pendientes del Sur.

—No habrá paz —dijo sombríamente Herter mientras existan traidores a nuestra causa.

—Me parece muy bien, aunque la guerra ya ha terminado —susurró el jugador—. Pero, repito: ¿Por qué no se entienden ustedes con esta muchacha?

—La finca en que ella vive, cerca de El Paso, estará vigilada. Supongo que allí la odia todo el mudo; incluso debe haber pedido protección a las autoridades de Washington —repitió como si

escupiera—. ¡El lugar donde se reúne toda la carroña del Norte! Por eso, por si ha pedido protección, necesitamos que vaya a eliminarla un hombre solo. Un grupo llamaría demasiado la atención.

En vista de que el joven no decía nada, Herter gruñó:

—Usted no es un idealista, y el Sur no le importa. ¿Por qué había de importarle si sirvió en las filas del Norte? Pero ahora es un desplazado, un hombre que vive del juego y que además lleva en su cuerpo la marca difamante de los golpes propinados por una mujer. Le interesa ganar dinero sea como sea, y nosotros podemos ofrecérselo.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares.

—Es bastante, teniendo en cuenta que el Sur está hecho polvo después de perder la guerra.

—¡El Sur no ha perdido nada! —gritó Herter brillando sus ojos peligrosamente—. ¡Nada! Todas estas tierras están llenas de guerrilleros que luchan aún bajo nuestra bandera. Aún poseemos oro para pagar a un verdugo. ¿Quiere serlo usted? ¡Hable!

El joven se encogió de hombros.

—No tengo ningún motivo de simpatía hacia Rosanna Wyler —fue lo único que dijo.

—¡Entonces, mátela!

—¿Dónde ha dicho que se encuentra?

—En una finca de El Paso, a pocas millas de la frontera mexicana. Ya debe saber usted lo que es aquello: moscas, calor, peones con sombreros redondos y muchos partidarios del Sur. La tarea le será fácil si es un poco listo.

—Lo soy.

—Le daremos dos mil quinientos dólares a cuenta. El resto cuando ella esté enterrada.

—Hay otro detalle: tengo entendido que Wyler —y señaló el siniestro bulto que se balanceaba aún—, pensaba casarse dentro de poco. Su futura esposa vivía también en la finca, junto con Rosanna. Era su profesora o algo así. Una chica fina.

—En efecto.

—¿Qué hago con ella?

—Esa mujer, llamada Ethel, no tiene por qué pagar, déjela en paz.

—En paz, ¿eh? —sonrió mimosamente la bailarina—. Ni tocarle un pelo de la ropa. Tú ya me entiendes.

—Claro, nena.

Y el joven fue a abrazarla, pero en ese momento se estremeció Como si su brazo derecho hubiera sido recorrido como un calambre.

—¿Qué le ocurre?

—Nada. Sufro a veces estos calambres, pero no tienen importancia.

—Razón de más para que acabe con ella.

—¿Cuándo se pondrá en camino?

—Mañana.

Herter musitó sombríamente:

—No olvide una cosa: Aquélla es tierra del Sur, pero la casa estará vigilada. Desconfíe de todos y no mate de cualquier modo a aquella mujer. Rosanna tiene que morir ahorcada.

# CAPÍTULO VI

Ethel salió a la puerta de la casa y contempló el extraño panorama que se extendía ante ella. Primero el pequeño campo, con algunos de los antiguos postes que servían para los caballos. Un poco más allá las casas blancas de los peones, achicharrándose bajo el sol. Y al fondo la llanura lisa como una mano, seca y desierta como el corazón de un muerto.

Sus tierras.

Acres y acres de terreno situados cerca de El Paso, en la zona del interior, extendiéndose indolentes bajo un sol que lo quemaba todo. Centenares de cabezas de ganado que buscaban inútilmente los tallos de hierba fresca y los retazos de sombra. Y la casa, la gran casa de los Wyler, en cuya puerta estaba ahora y que alzaba orgullosa sus atrevidos arcos hacia el cielo azul de México.

La mujer entró en la casa y se dejó caer en uno de los sillones del gran vestíbulo, abrumada. Estuvo así unos minutos tratando de ordenar sus ideas, pero no pudo. A pesar de eso estaba tan abstraída que sólo levantó la cabeza al oír las pisadas de una mujer cuando ésta se encontraba ya junto a ella.

—¿Me ha hecho llamar, señora?

—No, Isabel, no he hecho llamar a nadie. Pero agradezco el que estés aquí; quizá nunca como en esos momentos he estado tan necesitada de compañía.

—¿Por qué no se marcha una temporada a la capital? Quizá le sentaría bien cambiar de aires durante una buena temporada.

La mujer levantó un poco más la cabeza y miró a la doncella, que apenas tendría veinte años, con una sonrisa mitad burlona y mitad triste.

—Nadie puede hacer un viaje con seguridad en esta época, después de la guerra civil. Demasiado sabes tú que prácticamente todo el país está aún en pie de guerra. Pero es que además no puedo

dejar abandonada a su suerte esta hacienda. Yo soy aquí la dueña en realidad, y noche y día y día y noche, suceda lo que suceda, tengo que velar por lo que es mío.

La doncella hizo una leve inclinación.

—Perdone si la he molestado con mis palabras. Pero es que realmente está usted muy sola.

—No te inquietes más por mí, Isabel. Vamos, preocúpate para que dentro de un rato se empiece a preparar la cena para los hombres.

Aquellas palabras equivalían a una despedida, pero Isabel no *se* movió.

—¿Es que ocurre algo más?

—Sí, señora. Quería decirle también que está aquí el capitán Trevor. Acaba de llegar.

Ethel reflexionó unos instantes.

—Bien. Francamente… —vaciló—, no lo esperaba. Pero hazle pasar al salón y sírvenos luego algún refresco. ¿Ha venido solo el capitán Trevor? ¿No le acompaña nadie?

—No, señora.

—Es un poco loco arriesgándose a venir así. Todo el mundo sabe que estos campos están llenos de partidarios del Sur. Pero, en fin, él sabe lo que se hace. Acompáñale.

La doncella salió caminando de puntillas y con suaves movimientos de paloma. Y entonces, al estar sola de nuevo, la dueña de la casa se levantó de su asiento, irguiéndose, se ajustó un poco el vestido que era oscuro y ceñido, a pesar de lo caluroso de la estación, y pasó a la gran sala de estar, ornamentada con los retratos de los viejos antepasados de los Wyler y donde se recibía a las visitas de compromiso.

Tal vez sea muy fácil creer que una mujer que obra como la dueña de una de las mayores haciendas de Nuevo México, con acres y más acres de tierra y centenares de cabezas de ganado y hombres a quienes mandar, sea una dama otoñal con algún mechón de cabellos blancos en sus sienes, dedos ensortijados y vestido largo hasta los pies.

Pues no. La mujer que entró en la sala donde el capitán Trevor le estaba esperando, no tendría más de veinticinco a veintisiete años. Sus cabellos eran sedosos y negros. En sus dedos no había una

sola sortija, excepto un aro de prometida, y su vestido, muy atrevido para los gustos de la época, le llegaba tan sólo un poco más abajo de las rodillas.

Tenía fama además, de ser la mujer más hermosa de aquellas tierras. Los hombres, cuando estaban a solas, pensaban que sus ojos despedían pasión, y que en sus labios latía un maldito fuego.

Por eso el capitán Trevor se inclinó ceremoniosamente al verla entrar y le besó la mano, procurando que ella no pudiera distinguir la mirada codiciosa de sus ojos.

—Lamentaría mucho serle molesto, señora.

—Usted no lo es nunca, capitán, ¿quiere sentarse?

Trevor lo hizo. Contaba treinta y cinco años, era muy moreno y se decía que tenía con las mujeres mucha más experiencia que con las armas. Envolvió a la dueña de la casa en una mirada de admiración que quiso ser disimulada, pero que fue muy patente. Más al notar la expresión fría, lejana, y distanciante de ella, se turbó un poco y se sintió inseguro. Su voz, incluso, fue vacilante al decir:

—Usted, Ethel, es una de las mujeres más enigmáticas de esta parte de México.

—¿Enigmática? ¿Por qué?

—¡Hum! Ya comprendo que para usted su situación ha de ser a veces muy molesta —dijo el capitán sin contestar directamente—. No es frecuente que una mujer domine una hacienda tan grande, y menos adquirida en circunstancias tan especiales como las que concurren en este caso.

—¿Circunstancias especiales? —preguntó Ethel, irguiendo un poco la cabeza.

—Bueno, tal vez no me he expresado bien. Usted es la prometida del general Wyler, con el que va a casarse, y durante su ausencia es usted administradora universal de su fortuna. Como esa fortuna es tan grande, una de las mayores del país, no le extrañe que la cuestión se haya prestado a comentarios de todas clases.

—Los comentarios no me importan, capitán Trevor.

—Pero las miradas de los hombres, sí. Adivino que, ausente el dueño de esta casa, los ojos de los que estuvieron sometidos a él se vuelvan hacia su prometida, la mujer que vive, manda y ordena sola en una de las mayores posesiones del país. Adivino que sus ojos

brillantes la siguen a todas partes fatalmente, como el sol va siguiendo su órbita. No he comprendido aún cómo usted, puede resistir aquí, señorita Ethel.

—Por mi energía. Yo soy la dueña de todo esto, y sabré mantenerme en mi lugar mientras me queden fuerzas para dar órdenes.

—¿Cree que podrá mantener esta postura durante mucho tiempo? Después de la capitulación del Sur, el país sufre un verdadero caos. Y aunque esto ya es México, las confusiones se notan igual.

—¿Qué quiere decir?

—Los rebeldes están en todas partes. El Gobierno es discutido o insultado en todo el país. Creo que si alguien decide asaltar o saquear esta hacienda, va a estar muy mal protegida.

—Precisamente de ello quería hablarle, capitán —dijo la mujer tras titubear un momento.

—Sabe que estoy a sus órdenes. Y celebro que estas visitas de cumplido que le hago de vez en cuando tengan algún objetivo.

—Necesitaría a alguien capacitado para defender esta hacienda —dijo directamente la mujer.

—Comprendo que, aunque arme usted a sus hombres, no tenga confianza en ellos. Yo por mi parte, le enviaría gustosamente un piquete de soldados, pero no dispongo de ellos. Todos mis hombres son pocos para atender a los conflictos que se plantean de una punta a otra de la comarca. Lo único que puedo hacer es acercarme yo con mayor frecuencia por aquí.

La mujer sospechaba que el capitán significaría en aquel caso un peligro más grave que los mismos partidarios del Sur, pero se abstuvo de decirlo. Dando un giro al asunto comentó:

—¿No es cierto que el gobierno prometió ayuda a los hacendados que como yo, se encontraban en situación difícil?

—Cierto, pero esta ayuda sólo puede ser prestada dentro de los límites de nuestra fuerza. Créame si le digo que los organismos militares ya no pueden hacer más.

—Lo comprendo. Pero ¿y los organismos civiles?

—Hay alguna persona que sin ser militar podría encargarse de ayudarla a usted —dijo Trevor reflexivamente—. Son agentes del gobierno que éste pone a disposición de los particulares en caso

muy necesario. Se llaman federales. Ya veré lo que se puede hacer.

—¿Cree usted que podrán ayudarme con cierta rapidez?

—¿Es que empieza a tener miedo, Ethel?

—¡Oh, no! Yo no dejaré de ser aquí la señora o tendrán que matarme. Pero no quisiera que sucediese nada. ¿Qué clase de ayuda cree que puede conseguirse, capitán?

—Trataré de enviarle un agente. Uno solo, porque esto no es la capital. Y aunque no creo que pueda hacer gran cosa en caso de pelea, moralmente será un apoyo para usted y un elemento de contención ante los posibles desmanes de los hombres.

Ethel sonrió con una expresión que quería ser agradecida, pero que en realidad continuaba distante.

—Le estaré muy reconocida si usted consigue esto, capitán.

Se puso en pie, dando por terminada la entrevista a pesar de que Isabel no había entrado aún con los refrescos. Casi se alegró de esta circunstancia, pues así no se vería obligada a hacer más larga la visita del capitán. Pero sonriendo gentilmente dijo:

—Tengo mucho que hacer, capitán. Aunque naturalmente si usted desea tomar algo…

—Sólo deseaba verla. Decirle que es usted la mujer más bonita del país y que tiene en mí a un rendido admirador. Le enviaré muy pronto a ese hombre para que proteja la hacienda dentro de lo posible. Tenga la seguridad de que me ocuparé de ello esta misma tarde. Pero si algo importante ocurriera, póngame un telegrama a El Paso y será atendida. El retén principal de mis tropas se encuentra ahora allí. Ya sabe que esta zona se encuentra ahora bajo control militar conjunto de Washington y México.

—Gracias, capitán. Lo tendré en cuenta.

Él se inclinó un poco, le besó la mano otra vez y dijo sonriendo:

—Hasta siempre, señorita Ethel.

—Hasta siempre, capitán.

Cuando él hubo salido la mujer miró a través de la ventana, cubierta con celosías, los campos secos y desiertos que se extendían hasta perderse de vista. Luego se mordió los labios con una actitud de firmeza y se dijo que haría cualquier cosa para conservar aquello.

Poco a poco ascendió a la planta superior. Allí estaba su dormitorio y el de todas las personas que habitaban la casa, excepto

la servidumbre.

Ethel golpeó una puerta y esperó respuesta.

Al no obtenerla susurró:

—¿Puedo entrar, Rosanna?

Y desde el otro lado de la puerta una voz de mujer contestó:

—¡Vete! ¡Vete de aquí, maldita!

Ethel no se inmutó. Debía estar acostumbrada a que la mujer que había en aquella habitación la recibiese así.

Suspiró con cierto cansancio, hizo girar el pomo de la puerta y entró en la habitación.

Ésta era muy amplia y luminosa, pintada de un suave color blanco crema. Los muebles eran claros y estaban tallados a mano por los más acreditados artesanos del país. Cada uno de ellos era en realidad una joya digna de figurar en una exposición. En todos los detalles de la pieza se había buscado conseguir un aire de juventud, de belleza, de armonía y en verdad eso se había logrado plenamente. Sólo al entrar en aquella habitación se sentía como si una mano luminosa acariciara los ojos.

En esta habitación había una sola persona, una joven de unos veintitrés años. Era morena, pero con algunos extraños mechones claros que hacían más atractivo y daban un aire especial a su rostro. Tenía los labios muy rojos y el cutis muy blanco y fino. Lucía un vestido ceñido claro que marcaba su estrecha cintura y la suavidad de sus curvas femeninas.

No hubiera podido decirse si era tan hermosa como Ethel. Seguramente no lo era. Había en ella esa gracia de los relieves femeninos, que ya han llegado a la total plenitud. Pero lo que en ella sólo se insinuaba, en Ethel era ya una realidad tan bella y perfecta que todos los hombres le habían calificado la mujer más apetitosa de aquella parte de México.

Y como si ella lo supiera y supiera también, el peligro que representaba en aquella tierra abrasada por el sol, había en su rostro una expresión de amarga madurez y que aún lo hacía más atractivo, más bello y sereno. Pese a tener sólo tres o cuatro años más que Rosanna, parecía haber vivido el doble que ella, como si fuese una mujer completa cuando Rosanna nació.

Pero, por lo visto eso le servía de bien poca cosa en presencia de la muchacha.

—¡He dicho que no quería verte más por aquí! —gritó Rosanna —. ¡Lo he dicho cien veces y no dejaré de gritar hasta que me entiendas!

—Siento haberte molestado, Rosanna. Ya ves que procuro evitar todo roce contigo. Pero ahora necesito hablarte.

—¡Háblame desde fuera de mi habitación! ¡Te oiré perfectamente con la puerta abierta!

Los labios de Ethel se plegaron de repente en una mueca seca y dura.

—No olvides, Rosanna que yo soy aquí la dueña y que represento en todo a tu padre.

—¡Serás dueña de esta casa y de esas tierras, pero de nada más! ¡A mí no puedes mandarme!

—Ni lo pretendo, Rosanna. Pero es evidente que tampoco puedes mandarme tú a mí.

—Es que si tuvieras algún poder en este sentido ya me habrías hecho aplicar veinte latigazos.

—Te equivocas. No es ningún pecado pretender ser respetada.

—¡No eres más que una aventurera!

Ethel encajó el insulto con los ojos cerrados haciende un movimiento que parecía como de instintivo retroceso. Pero enseguida se repuso y miró fijamente a los ojos de Rosanna.

—¿Por qué una aventurera?

—¡Porque no eras nadie cuando llegaste aquí! ¡Porque no eras más que una estúpida señoritinga de la ciudad, hija de una familia arruinada con muchos blasones, muchos apellidos y muchas deudas! ¡De todo eso sí que os sobraba, la verdad, pero en cambio os faltaban vergüenza y dinero! ¡Y caíste sobre la hacienda de los Wyler igual que los buitres y los cuervos caen sobre una presa muerta!

—Tener apellidos y blasones nunca ha sido un oprobio para nadie —silbó Ethel entre dientes, haciendo esfuerzos para ignorar la mitad de los insultos.

—¡Pero sí lo ha sido el tener deudas que no se puede ni se piensan pagar!

—Mi familia se arruinó con la guerra, como pudo haberse arruinado la tuya, Rosanna. Mi padre no era un modelo de administradores, y cuando la ruina estaba ya declarada, entre mi

madre y yo luchamos tenazmente contra la miseria. No creo que ignores que mi madre enseñaba labores y música a las hijas de familias acomodadas, y que ni el mismo día de morir faltó a sus obligaciones. En cuanto a mí, no tuve inconveniente en recorrer varias millas a caballo para dar clases a hijas de familias ricas que sabían menos que yo.

Rosanna se mordió rabiosamente los labios, y sus facciones se transfiguraron un instante.

—Supongo que yo sería de las más estúpidas hijas de esas familias acomodadas que sabían menos que tú, ¿verdad?

—Ni la más estúpida ni la más lista. Eras una muchacha como muchas otras, aunque habías corrido lo tuyo en compañía del general.

—Pero mi padre sí que no era como los otros…

—¿Qué insinúas, Rosanna?

—Que desde el momento en que entraste en esta casa lo hiciste ya con un plan determinado. Mi padre, un viudo de sólo cuarenta y cinco años y cargado de dólares, había de ser para ti la presa más fácil que pudieras soñar. Desde la primera lección de piano que me diste, desde el primer bordado que hice bajo tu dirección, desde la primera lectura que me aconsejaste, todos tus pensamientos ya seguían un camino bien definido, un plan. Te habías propuesto convertirte en la dueña de esta hacienda y lo conseguirás cuando te cases con mi padre. Te convertirás además en alguien que tendrá plena autoridad sobre mí: En mi madrastra.

—Tu madrastra. Pronuncias esa palabra como si encerrase un insulto o una maldición.

—En este caso así es.

—¡Basta de estupideces y de crueldades, Rosanna! —dijo Ethel apretando los puños con una energía casi masculina—. ¡Si tu padre era un hombre hastiado de soledad, tú tuviste la culpa! ¡Y si él necesitaba compañía yo también estaba aburrida de no tenerla! ¡Nos encontramos los dos en el silencio de esta casa como si fuéramos los únicos habitantes del mundo! ¡Y lo que tenía que suceder ocurrió, Rosanna! ¡Nuestras soledades se buscaron! ¡Nuestros corazones vacíos buscaron llenarse de algún modo! ¡Y si me prometí a tu padre fue pensando que en aquel momento no podría encontrar a nadie mejor, y que no era verdad nada, de lo que

de él decían!

—Claro, por supuesto —dijo sarcásticamente Rosanna—. No podías encontrar a hombre mejor.

—Yo aprecio el dinero, Rosanna, pero por eso precisamente sé darle su valor exacto. Si tu padre no hubiese tenido más que dinero, yo, en modo alguno, me hubiera prometido a él.

—¿No?

—¡No! Porque sobre todo lo que pudiera haber en fortuna y opulencia, tu padre me trató siempre como si yo fuera una muchachita a la que un simple roce pudiera ofender.

—Ya sé que no eres una muchachita a la que un simple roce pueda ofender —saltó rabiosa Rosanna—. Necesitas bastante más…

Ethel apretó los labios y avanzando un paso abofeteó a Rosanna. La abofeteó dos veces, con rabia, y al mismo tiempo con una especie de dolor. Parecía como si los golpes los estuviera recibiendo ella misma. Rosanna cayó sobre el lecho sollozando, y Ethel cerró un instante los ojos como si hubiese sentido vértigo.

—Debieras avergonzarte —susurró—. No es eso lo que yo te enseñé y lo que tu padre deseaba que hubieses aprendido.

—¡No me lo han enseñado tus palabras, pero me lo han enseñado tus hechos! —Escupió Rosanna desde el lecho, alzando un momento la cabeza—. ¡No me convencerás nunca de que no entraste en esta casa con una idea preconcebida! ¡Y por mucho que lo niegues nunca creeré que no quisiste enamorar a mi padre!

—No hice nada para enamorarle ni para desengañarle —susurró Ethel de tal modo que casi fue imposible oírle—. Nuestra relación nació por la fuerza misma de las cosas y nos encontramos prometidos casi sin haberlo pensado siquiera. Pero nuestro noviazgo fue tan digno que ni siquiera en esta tierra de la maledicencia dio nada que hablar.

—¡No! ¡Si hasta querrás hacerme creer que estás enamorada de mi padre!

—Nunca lo estuve —susurró Ethel—. Creo que es más digno decirte la verdad. Sentía por él un gran respeto, pero aún no sé qué es el amor, y mi corazón es, en este sentido, tan inexperto y tan virgen como el de una niña que acabara de nacer.

—Con la diferencia de que tú ya no eres una niña.

—No, y eso me hace temblar. No sé lo que ocurrirá cuando de

veras conozca el amor. No sé de lo que seré capaz.

Una verdadera juerga se estaba celebrando en aquellos momentos en el interior del *saloon*, cuando entró Lawson.

Todo el conjunto de bailarinas actuaba en el pequeño escenario, que en este momento estaba abarrotado de hermosas muchachas. Los espectadores bramaban entusiasmados mientras lanzaban los clásicos gritos y algunos disparos al aire. Los primeros borrachos estaban ya de bruces sobre las mesas. E incluso los jugadores de ventaja contratados por el local habían dejado por unos momentos de atender a las cartas para mirar embelesados a las chicas.

Lawson entró poco a poco, aproximándose a una mesa donde varios tipos borrachos como cubas jugaban a los naipes una partida monótona y vacilante, sin darse cuenta siquiera de cuál era la carta que ponían en el tapete.

—¿Me permites mirar, amigo?

—¿Cómo no? Siéntese y beba, compañero. Y vigile si hay entre nosotros algún sinvergüenza que haga trampas.

Lawson se sentó y estuvo contemplando durante unos instantes la partida. En realidad estaba allí porque no sabía dónde meterse esta noche y los naipes le atraían como le habían atraído siempre.

De momento, mientras pasaban las horas y mientras el *saloon* estuviese abierto, se encontraba allí bien. Todo el griterío que había a su alrededor y todo aquel escándalo le parecían a él una grata paz.

Pero esta «grata paz» iba a durar bien poco.

La música cesó después de un estruendoso final, y las bailarinas se retiraron entre las aclamaciones delirantes del público. Y entonces entraron «ellas».

«Ellas» eran unas damas de la Liga de la Moral. Seis en conjunto.

Inmediatamente después de la guerra, aquellas damas intentaron redimir las podridas ciudades del Sur, a un lado y otro de la frontera.

A los gritos de «borrachos indecentes», «la moral ante todo», «prohibición» y otros semejantes, se lanzaron al asalto enarbolando sus paraguas. La más vieja tumbó a dos tipos que trataban de levantarse de sus mesas para hacerles frente. Las otras comenzaron a botellazos, puntapiés, paraguazos y bofetadas contra todos los

hombres que se les pusieron por delante. La más joven, vino recta hasta la mesa en que estaba sentado Lawson y empezó a repartir paraguazos contra los borrachos que la ocupaban. Los naipes y las botellas saltaron aparatosamente por el aire mientras los individuos se sujetaban la cabeza con ambas manos para protegerse de alguna manera. Lawson oprimió con su mano la muñeca de la mujer, y entonces ella volvió la cabeza hacia aquel sitio.

Hubo un relampagueo en sus ojos al ver a Lawson. Un relámpago violento, rabioso, doloroso casi. Trató de desasirse moviendo con energía todo su cuerpo joven. Pero no lo consiguió.

—¡Socorro! —exclamó uno de los borrachos—. ¡Ni mi mujer me ha pegado así nunca!

—Esto no es para usted —dijo Lawson a la mujer mirándola al fondo de los ojos—. Quiere comportarse como una mujer desengañada cuando aún no ha empezado a vivir. Cásese, tenga hijos y edúquelos bien y no se preocupa de otra cosa. Y si por cualquier causa no puede hacer nada de eso, compre entonces un buen paraguas y empiece a romper cabezas de borrachos. Pero le repito, muchacha. De momento no es para usted.

Seguía sin soltarla. La mujer tiró desesperadamente de su muñeca hasta librarse. Y con los mismos ojos llameantes abrió la boca para decir:

—¡No he empezado a vivir, ya lo sé! ¡En cambio usted ha vivido mucho, sinvergüenza!

—¡Diablos! ¿A, qué se refiere?

El tumulto seguía creciendo a su alrededor y parecía ahora como si todo el *saloon* debiera hundirse. Pero de repente ellos dos tuvieron la extraña sensación de que ya no estaban allí, de que habían dejado de pertenecer a aquel ambiente.

Ella descargó su paraguas sobre Lawson, que empezó a pensar si entre todas aquellas mujeres no conseguirían lo que no había logrado la guerra, es decir, matarle.

—¡Decir que me case y que tenga hijos…! —gritaba la mujer mientras le golpeaba más y mejor—. ¡Atreverse a decir eso a una verdadera señorita!

—Pero, bueno… ¡Alguien se lo tenía que decir! —gritó también Lawson tratando inútilmente de cubrirse.

Y en ese preciso momento se hizo, como obra de magia, un

expectante silencio en el local. Habían sido empujados los batientes, y cinco pistoleros acababan de entrar lentamente, haciendo sonar sus espuelas.

El tintineo rompió el silencio bochornoso del local. Todos se daban cuenta de que la tormenta iba a estallar y evitaban mirar a los recién llegados, como si desearan permanecer ajenos a cuanto sucediese. Pero los pistoleros no parecían tener ganas de bronca, al menos por el momento.

Se acercaron a la barra y se hicieron servir ginebra, que bebieron con la mayor calma y sin mirar a nadie. El rumor de las conversaciones fue subiendo de tono otra vez, al ir llegando los espectadores a la tranquilizadora convicción de que allí no pasaría nada.

Lawson estaba convencido de todo lo contrario, aunque esto no le importaba.

La muchacha, que cuando entraron los *gun-man* tenía el paraguas levantado y lo había bajado lentamente, lo levantó de nuevo en forma poco tranquilizadora.

—¡Atreverse a decir eso a una señorita! —repitió—. ¿Quién se ha creído que es usted, pirata?

—Bueno, yo no he querido ofenderla, se lo juro. Si usted no quiere casarse o nadie quiere casarse con usted, eso no es cuenta mía.

Lawson recibió un nuevo paraguazo en el cráneo. Ésa fue la señal para que las restantes damas reanudasen el ataque con redoblado entusiasmo. Otra vez los naipes y las botellas saltaron por los aires.

Pero lo más extraño de esta situación era que la joven no se movía de allí. Parecía centrar su agresividad solamente en Lawson, y además la suya era una agresividad muy rara, porque más que golpearle con el paraguas, parecía que le acariciase. Igual que si no hubiera otra persona en el *saloon*, la muchacha estaba pendiente de los menores movimientos de Lawson, a quien miraba con rutilantes ojos.

Pero Lawson no hacía caso. Había bebido demasiado aquella noche.

Ella le propinó mi último golpe de paraguas, éste en serio, y se alejó de allí con los labios apretados y expresión altiva. Para unirse

al resto de sus compañeras tenía que pasar cerca de la barra, donde estaban los pistoleros, y así les ofreció la ocasión que éstos esperaban para actuar.

Uno de ellos tendió hábilmente una pierna fingiendo que no había visto a la muchacha. Ésta tropezó con la bota y cayó al suelo cuan larga era mientras la espuela le trazaba una larga carrera en la media.

—¡Cómo lo siento! —dijo el pistolero inclinándose sobre ella—. Permita que la levante, señorita.

—¡Me levantaré yo sola! ¡Déjeme!

Pero el pistolero no la dejó. El no dejarla era parte fundamental de su plan. Se inclinó sobre ella para levantarla, pero lo que hizo en realidad fue ceñirla por la cintura y clavar sus labios ávidos en el rostro de la muchacha.

—¡Suélteme! ¡Suélteme…!

El hombre la levantó entonces de repente, con enorme violencia.

—Eres muy desagradecida, nena. Yo sólo pretendía ayudarte. ¡Y por desgracia para ti has acabado con mi paciencia!

La zarandeó violentamente, besándola otra vez. Ella trató de desasirse, pero fue inútil porque los brazos del pistolero parecían de acero.

Un bochornoso silencio se había hecho de nuevo en la sala.

Y entonces Lawson se puso en pie. Llevaba un doble cinto con dos revólveres, aunque vestía elegantemente, tenía los brazos caídos indolentemente a lo largo del cuerpo, cerca de las fundas de pistolero.

—Harás bien en soltar a esa mujer, amigo.

—Claro que voy a dejarla. Si no deseo otra cosa…

La soltó. Pero hábilmente había pisado ya los pliegues del vestido de la muchacha, y al alejarse ésta la falda se rasgó de arriba abajo dejando al descubierto parte de su ropa interior. Y menos mal que las señoritas aristocráticas de la época llevaban bastantes cosas debajo de la falda, porque de lo contrario, todos los que estaban detrás de la muchacha hubiesen podido apreciar bien de cerca la calidad de sus piernas. De todos modos la vergüenza fue tan grande para una muchacha de sus principios y su educación, que al darse cuenta de lo sucedido se sonrojó intensamente y estuvo a punto de caer al suelo. Rápidamente se pegó de espaldas a la barra donde ya

la aguardaba el mismo pistolero.

—¡Qué desgraciado soy! —dijo éste plañideramente—. ¡No hago más que molestarla, señorita! ¡Permita que repare en lo posible mi bochornosa falta!

Y trató de hacer dar media vuelta a la muchacha entre las risotadas del público, que ya se había dado cuenta del juego. Las otras damas de la Liga de la Moral estaban tan horrorizadas ante aquel cinismo, que no tenían fuerzas ni para intervenir.

Y de nuevo fue Lawson el que alzó la voz para decir:

—No me gusta este juego, amigos. Creo que más valdrá que se aparten de la mujer.

Se despegó de la mesa arqueando un poco los brazos. Miraba fijamente a los pistoleros, pero sabía de sobra que el ataque no iba a venir por allí. La incógnita estaba en saber por dónde. Y sus nervios sufrieron una sacudida al oír:

—¡Tú lo has querido!

Era hacia la derecha. Se dejó caer al suelo, revolviéndose con la velocidad de un reptil, y extrajo su revólver de aquel lado. Las detonaciones sonaron al aire mientras él caía entre las mesas. El pistolero que había hecho fuego, con las espaldas pegadas a la barra, sufrió un estremecimiento y dio un traspiés como si estuviera borracho. Todo había sido tan rápido que nadie supo con precisión si la bala le había alcanzado o había hecho aquel movimiento para esquivarla. Pero cuando sobre el pecho del hombre apareció una repentina mancha roja, la muchacha medio desnuda lanzó un grito de horror.

La función no había hecho más que empezar, sin embargo.

Tres pistoleros más se lanzaron entre las mesas en busca de Lawson. El desbarajuste que allí se produjo fue mucho mayor que el que las damas de la Liga de la Moral habían ocasionado con sus paraguas. Los hombres y las bailarinas, las mesas y las botellas, fueron por el suelo entre los gritos de entusiasmo delirantes de los que no participaban en la pelea. Lawson lanzó una mesa contra dos de los hombres que venían hacia él y disparó contra el tercero, que trataba de acribillarle desde la barra. El pistolero cayó hacia atrás con la cabeza atravesada y luego resbaló poco a poco hasta el suelo. Pero Lawson no se entretuvo en verlo.

Dos pistoleros más disparaban contra él entre el monumental lío

de personas y muebles, sin preocuparse de si sus balas ponían en peligro la vida de algún inocente. Lawson dio un salto hacia atrás, rodó entre las mesas y desenfundó también su revólver izquierdo, haciendo fuego con él. No hirió a nadie, pues su postura le hacía imposible precisar el tiro, pero obligó a sus dos enemigos a cobijarse. Luego rodó sobre sí mismo ágilmente, hasta el pie de la barra, y desde allí hizo fuego nuevamente. Uno de los pistoleros se encogió, alcanzado en el hombro, y el otro echó a correr presa de pánico. Lawson le hirió en una pierna en el momento en que se ponía en pie, y hubiera podido matarle fácilmente cuando huía, pero él no disparaba contra los hombres que le daban la espalda. Miró hacia el último pistolero, sin soltar los revólveres, y entonces se dio cuenta de que, a pesar de haber vencido en la pelea, la había perdido en realidad. Porque sus enemigos sabían aprovechar todos los recursos, y ahora el último que quedaba vivo estaba a punto de acabar con él.

El último *gun-man* se parapetaba tras el cuerpo de la joven, que estaba impotente en sus brazos. Y con un revólver apuntaba directamente a la cabeza de Lawson.

—Ríndete o atravieso a la chica —silbó.

Lawson, sin decir una palabra, disparó una sola vez.

Sabía que se lo jugaba todo a una bala y que no podía repetir el disparo.

Fue prodigioso.

La cabeza del último pistolero saltó hecha pedazos sin que la muchacha sufriera un solo rasguño.

Lawson guardó su revólver.

—Todo esto es un aburrimiento —dijo—. Espero divertirme más en la finca del general Wyler.

## CAPÍTULO VII

El Paso era la ciudad más próxima a la hacienda adquirida tiempo atrás por Wyler. De hecho las tierras de ésta lindaban con el municipio frontero. Se podía ir a El Paso a caballo o en carruaje en una hora, y desde tiempo inmemorial aquél había sido el lugar a donde los elementos masculinos de aquellas tierras acudían a divertirse.

Lo que tal vez no había ocurrido nunca es que allí fuese a divertirse una mujer.

Por eso, el cochero, cuando Ethel, más guapa que nunca, se acomodó en el asiento y dijo: «Vamos a El Paso» estuvo a punto de sufrir algo así como un síncope.

—¿Ha dicho que a El Paso?

—Sí. ¿Para qué crees, si no que te he ordenado preparar el coche?

—Creí que pensaba dar un paseo por las tierras.

—Las conozco ya palmo a palmo, Rex. Y en cambio me interesa ir a El Paso. ¿Es que ocurre algo?

—Son las diez de la noche, señora.

—La hora en que todo empieza a estar animado, ¿no es cierto, Rex?

—¡Ejem! Sí, señora.

Excitó suavemente a los caballos y éstos emprendieron el trote hacia la cercana ciudad de El Paso.

Mientras la suave brisa acariciaba su rostro, Ethel pensó que no había nada tan hermoso como aquellas noches de diabólica luna, como aquel extraño y enervante olor de los campos en barbecho cuando devolvían el calor del día envuelto en los mil perfumes misteriosos de la tierra. Y en estos momentos, su corazón, que aún estaba virgen para el amor, sentía algo que no había sentido nunca y que no sabía explicarse, algo que llenaba sus pensamientos, su

sangre, su vida entera. «Debe ser un presentimiento», se dijo mientras veía brillar, a lo lejos, las asimétricas luces de El Paso. «Es como si todo me avisase de algo que yo aún no he llegado a comprender».

El Paso era entonces una ciudad pobre donde había unos cuantos ricos. Con esto se comprenderá que toda la población estaba repartida en unas cuantas manos. Había allí un casino donde las personas acomodadas jugaban hasta altas horas de la noche, y donde alguna vez se habían registrado escándalos. Aunque estos escándalos habían sido producidos siempre por borracheras y por pérdidas en el juego, ninguna mujer decente se hubiera atrevido a entrar en el casino a partir de las diez de la noche, a menos que fuera acompañada de alguien muy respetado en la ciudad.

Por eso el cochero tuvo un segundo susto cuando oyó decir a Ethel:

—Vamos al casino, Rex.

—¿Al casino? Yo creí que quería dar un paseo, señora.

—Quiero ver un ambiente que me interesa y que no conozco: el ambiente del juego. Llévame al casino y aguárdame ante la puerta. No estaré mucho tiempo allí.

—Bien, señora, como usted desee. Pero me permito decirle que estaré muy atento por si alguien intenta molestarla.

—No me molestará nadie, descuida. No daré oportunidades.

Ethel descendió del coche y entró en lo que para el ambiente en que estaba situado, podía llamarse suntuoso edificio. Constaba de dos plantas y tanto las baldosas como las columnas del vestíbulo era de legítimo mármol. Alegres flores tropicales decoraban las escaleras que subían al piso superior y tapaban, algunos desconchados en las paredes de estuco. En el vestíbulo había un gran retrato de Lincoln, al que odiaban los del Sur, y un cuadro con los nombres de los socios de honor. Todo en aquel lugar hablaba de una clase, la aristocracia rural, que estaba a punto de hundirse y que era ya como una estrella que lanza en el firmamento los últimos vestigios de su esplendor, aunque en realidad ya esté muerta por dentro. Los uniformes de los lacayos parecían anacrónicos teniendo en cuenta que un poco más allá, el otro lado de la plaza, había miserables casas de peones mexicanos donde mucha gente no tenía con que cubrirse. Y en la planta superior se apostaban sumas que

habrían bastado para vivir a una familia durante un año. Pero Ethel no conocía ese ambiente, y por eso mismo quería entrar en él antes de que a El Paso llegase el viento de una nueva época.

En la escalera se cruzó con dos hombres elegantemente vestidos que pusieron unos ojos como platos al verla subir y que inmediatamente volvieron sobre sus pasos y regresaron al piso superior como si en él hubiesen olvidado algo.

En este piso, en la parte alta del casino, todas las mesas estaban dedicadas al juego. Se celebraban en ellas unas interminables partidas en las que eran cruzadas fuertes apuestas en pesos mexicanos, ya que los hacendados sureños que se reunían allí no consideraban demasiado sólida la moneda del Norte. Pero la principal atracción de aquel piso consistía en una mesa de ruleta que había sido instalada un año antes, y donde se habían perdido ya varias de las fincas más hermosas del territorio. Esta noche, y alrededor de la mesa de ruleta, había reunidas al menos una docena de personas.

Un sordo rumor se levantó al entrar Ethel allí. Un rumor que procedía de todas partes, como una oculta amenaza, menos de la mesa de ruleta.

Ethel se acercó a ella poco a poco, sorprendida y un tanto defraudada, pues toda mujer espera en secreto llamar firmemente la atención cuando penetra en un ambiente que tradicionalmente solo es frecuentado por los hombres. Pera no tardó en darse cuenta de que en la mesa de ruleta había algo que aún llamaba más la atención que ella. Ese algo eran las fuertes sumas que se cruzaban, y en las que tomaba parte primordial un hombre joven.

Todos se hallaban pendientes de él. Cuando Ethel llegó junto a la mesa, estaba jugando siete mil dólares al siete encarnado.

—No va más —anunció el *croupier.*

La bolita saltó, empezó a girar y a girar, alocada e indecisa, y al fin se detuvo en el número.

—¡Siete encarnado!, gritó el *croupier.*

La raqueta tendió hacia el hombre una cantidad de dinero que al menos equivalía a cinco mil dólares. Para simplificar el juego, en El Paso no se jugaba con fichas, sino con piezas de oro. Se produjo un rumor de admiración y de envidia, porque al parecer ésta era la noche de aquel hombre. Pero lo más extraño del caso era que el

jugador no expresaba la menor alegría, y que en sus ojos había la misma luz aburrida que si estuviese jugando a la guerra de barcos con sus sobrinos en una lluviosa tarde de domingo. Cuando la raqueta dejó ante él la rutilante montaña de oro ni siquiera la miró.

—Tiene usted mucha suerte, señor Lawson —dijo el que estaba sentado frente él, un grasiento mexicano de unos cuarenta años, de quien Ethel había oído decir que ya no le quedaba por empeñar más que la camisa de los domingos.

—Sí, tengo suerte —reconoció el otro—. La fortuna es así, como las mujeres, que más cerca están cuando peor se las trata. Observarán que he jugado tres veces al siete sin que me haya fallado una sola, lo cual es absurdo según las reglas del juego.

El hombre tenía una voz bien timbrada, suave, pero que parecía un poco cansada, como si todo aquello, desde luego, le aburriese.

—¿Cree usted de veras que las mujeres están más cerca cuando peor se las trata?

Era Ethel la que había hecho aquella pregunta. Los ojos de todos se volvieron hacia ella, y en primer lugar los del hombre que había ganado la última apuesta, quien se irguió con una extraña mirada en sus ojos grises, mitad de admiración y mitad de asombro.

—¡Señorita, Ethel! —susurró el mexicano que acababa de perder —. ¿Usted por aquí?

—Parecen ustedes algo sorprendidos —les sonrió Ethel—. ¿Es qué hay algo de malo en ello? Sé que las esposas de algunos de ustedes vienen de vez en cuando a presenciar las partidas…

—Sí, pero…

—Yo todavía no tengo esposo que me acompañe, señores —dijo con desenvoltura—, pero quería conocer ese ambiente que es completamente nuevo para mí. Al fin y al cabo estoy entre caballeros, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí, claro…!

Los hombres la miraban con caras de perros a los que se acaba de poner un bozal.

—No sé si será una ofensa —dijo el mexicano que había perdido —, pero ya que está usted aquí, ¿quiere jugar, señorita Ethel?

Fue extraño, pero Ethel miró al hombre que estaba al otro lado de la mesa. Lo hizo sin querer, sin pensarlo, y sin embargo, ya sabía, cuando dirigió la mirada hacia él, que jugaría o no según la

expresión que advirtiese en aquellos ojos. Y la expresión que encontró fue de desafío. Una fría, reconcentrada y un poco burlona expresión de desafío. Musitó:

—Jugaré.

El mexicano le cedió su asiento, y Ethel quedó frente a aquel hombre.

—Ya que va a jugar —preguntó éste—, ¿sería muy indiscreto preguntarle si tiene experiencias?

—Ya lo ha oído usted; ninguna —dijo Ethel con expresión un poco distante.

—En tal caso le aconsejo que no juegue cantidades demasiado superiores a cinco dólares. No es que la ruleta sea un juego difícil, pero cuesta adquirir el tacto que cada situación requiere.

—Está usted insultando a la señorita, señor Lawson —dijo una voz al fondo de la mesa.

—¿Por qué?

—Ella tiene quizá la fortuna más importante de El Paso. Esos doce o catorce mil dólares que usted tiene en la mesa, a su lado, son para la señorita Ethel como las migajas de pan que arrojamos a los pájaros. Quizá nunca se ha sentado a esa mesa de juego una persona tan rica como ella.

—Ni tan hermosa —dijo Lawson inclinándose un poco, con una especie de reverencia.

—¿Trata usted tan mal a las mujeres como a la suerte, señor Lawson? —preguntó ella.

—Las mujeres siempre han parecido más peligrosas que el juego, señorita. Pero si se refiere usted a lo que acabamos de hablar, yo sólo he querido aconsejarla.

—Ciertamente —dijo la voz al fondo de la mesa—. No deja de haber verdad en las palabras de Lawson. Al principio es probable que pierda usted todo lo que apueste, señorita Ethel.

—No puedo arriesgar mucho —sonrió ella—. Todos ustedes saben, que ausente mi prometido, el general Wyler, yo puedo administrar su hacienda, pero no disponer de ella, al menos en lo que pueda mermarla considerablemente. De modo que me limitaré a jugar la cantidad que arriesgaría una mujer sensata, cosa que no dudo creen ustedes que yo sea.

—¿Por qué? —preguntó otra voz. Prácticamente todo el personal

del casino se había reunido en torno de aquella mesa.

—Porque al ver aquí a una mujer sola y a estas horas debe parecerles algo así como una monstruosidad.

—Es usted muy libre de hacer lo que le parezca —dijo Lawson anticipándose a cualquier otra respuesta y mirándola fijamente—. Y ahora, si lo que ha venido usted es a jugar, ¿por qué no juega?

La frase le pareció a Ethel un poco burlona. Tras morderse un segundo los labios musitó:

—¿Contra usted, señor Lawson?

—Puede jugar todo el que quiera, pero no sé por qué me parece que los que vamos a arriesgar somos usted y yo.

Señaló la enorme pila de monedas y preguntó:

—¿Con qué cuenta?

Ethel se despojó del collar de perlas que adornaba su cuello y se lo tendió al *croupier*.

—¿En cuánto lo tasa?

—Quince mil dólares —dijo el otro tras examinarlo un instante —. Por lo menos.

—¿Acepta usted? —preguntó ella a Lawson.

—¿Cómo no? ¿Todo a una tirada?

—Todo a una tirada.

Hubo en la mesa un sordo y prolongado rumor. Ethel oía los comentarios a su espalda como el zumbido de un enjambre de abejas. Y se decía que si el juego, por el que muchos hombres perdían la cabeza, era esto, no comprendía cómo al casino podía ir tanta gente. Pero al instante, al mirar a Lawson, la sensación *de* que podía derrotar a aquel hombre le hizo sentir como un estremecimiento de placer en la espalda.

Mientras Lawson contaba parsimoniosamente las monedas que tenía sobre la mesa, ella le contempló con atención. Debía ser yanqui por su apellido, aunque su pronunciación sureña era perfecta. En su rostro oscuro destacaban poderosamente sus ojos gris-claros. No llevaba bigote, y sus labios eran tan intensamente rojos y bien formados que a pesar de su línea varonil, hubiesen podido causar la envidia de más de una mujer. Tenía unas manos fuertes, grandes, que no parecían las de un señorito sino las de un hombre acostumbrado a trabajar. Cuando él se puso en pie, Ethel había observado ya que era un hombre alto, bien formado y

excepcionalmente fuerte. Se dijo que quizá fuera el hombre más atractivo que había conocido en su vida, pero tal vez por eso mismo se produjo en ella como un sentimiento de rebelión, como un deseo de vencer a aquel hombre al que adivinaba a su misma altura.

—¿A qué color y a qué número juega? —preguntó mirándola al fondo de los ojos.

Él sonrió.

—Al siete.

—Pero ¿es posible? ¿Es qué cree que la suerte se puede repetir otra vez?

—Los números, como las mujeres, siempre vuelven y siempre se repiten —dijo él envolviéndola en una mirada tan indiferente que hasta parecía aburrida.

—Tiene usted unas teorías muy originales, señor Lawson. Ya que usted juega al siete, yo voy a hacerlo a un número que no gustará a nadie: Al trece.

—Ese número es muy feo —dijo el *croupier*—. Y será casualidad o no, pero sale muy pocas veces.

—No importa. ¡Al trece negro! —dijo Ethel.

Entre murmullos de excitación, los hombres que rodeaban la mesa pusieron sus jugadas. La mesa, cuando la ruleta empezó a dar vueltas, parecía una montaña de oro. La bolita giró indecisa y loca antes, y al fin se detuvo en un número. El *croupier*, con los ojos muy abiertos, gritó:

—¡El trece negro!

Una verdadera conmoción se produjo en la sala. Todos se inclinaron sobre Ethel, a cuyo lado fue a parar, impulsada por la raqueta una suma que hubiera bastado para financiar durante un mes una revolución en el Sur.

Ella miró triunfante a Lawson, esperando ver en el rostro de éste las huellas de la decepción y de la derrota. Pero en eso, como en tantas cosas de aquel hombre, se llevó una profunda desilusión. Los ojos de Lawson seguían reflejando tanto aburrimiento como al principio, y ni siquiera había seguido el movimiento de la raqueta cuando ésta apartó de junto a él toda aquella montaña de oro.

—¿Sigue creyendo en la conveniencia de dar malos tratos a la suerte y a las mujeres? —preguntó Ethel, burlonamente.

—Sí.

—En este caso, ¿quiere jugar más, señor…? ¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó ella con indiferencia.

—Lawson. Me llamo Lawson. Y, desde luego, quiero jugar más.

—Le advierto que no admitiré como apuesta su corbata —susurró ella—. Está usada.

Hubo una estentórea carcajada en torno a la mesa. Pero Lawson no se ofendió.

—Creo que aún tengo algo mejor que mi corbata. Veamos.

Levantó un maletín de piel que tenía entre los pies, bajo la mesa, y lo abrió. Dentro había una enorme cantidad de monedas de oro. Quizá otros quince mil dólares. Aquel maletín debía pesar tanto, como la conciencia de uno que hubiera dejado morir a sus padres de hambre.

—¿Es qué se trae usted siempre una maleta llena de oro para jugar, señor? —preguntó Ethel sin poder disimular su asombro.

—No, no tengo esa costumbre. Es la primera vez que hago esto. Pero supongo que si alguna vez volvemos a encontramos tendré que traer un baúl.

—Se cree usted muy gracioso, señor Lawson. Todo esto le ocurre por no llevar una sola joya de valor. ¿Cuánto apuestas?

—Hay aquí dieciséis mil dólares. Todo lo que he ganado jugando durante estas últimas semanas. ¿Van ocho mil?

—Ocho mil —respondió Ethel—. Al trece.

—¡Al siete! —murmuró él mirándola a los ojos con desafío—. Todo este oro lo he ganado en las noches anteriores. ¿Por qué no permitirme el lujo de perderlo hoy? Llevo el juego en la sangre.

Los espectadores jugaron también, ahora en medio de un gran silencio. La ruleta giró, saltó la bolita, y todos los ojos se dilataron siguiendo sus movimientos. Todos los ojos menos los de Lawson, cuyos párpados ni siquiera temblaron cuando el *croupier*, gritó:

—¡Trece negro!

Otra vez se produjeron en la sala nuevos alaridos. Ahora habían subido a ver lo que pasaba incluso los lacayos del piso inferior. Ethel sintió por segunda vez un escalofrío de placer, al pensar que había derrotado a aquel hombre, y por segunda vez en aquella noche sus labios tuvieron que plegarse con despecho al ver que él ni tan siquiera había puesto atención a lo ocurrido en la mesa.

—Tiene usted suerte —dijo, al fin—. El trece negro le prueba.

—A los hombres y a la suerte hay que tratarlos mal —replicó ella con una sonrisa felina.

—Celebro que tengamos los mismos puntos de vista —musitó él —. Si he dicho que hay que tratar mal a las mujeres, imagínese cómo habrá que tratar a los hombres. ¿Van los restantes ocho mil dólares? Después de esto a mí ya no me quedará nada más.

—En tal caso le aconsejo que reflexione, hombre sabio. Cuesta dominar los secretos de la ruleta, aunque no sea un juego difícil —dijo ella devolviéndole la moneda.

—No acostumbro a reflexionar, señorita Ethel —dijo él mirándola a los ojos—. En esto también me parezco a usted. De modo que si no se asusta y si sus niños no la esperan en casa, van mis restantes ocho mil dólares… al siete.

Las mejillas de Ethel se encendieron como la grana al oír el insulto. Uno de los hombres que había en torno a la mesa miró a Lawson con expresión de desafío.

—Es la tercera vez que le vemos por aquí, señor —dijo—. Pero delante de mí no se insulta a una mujer. Y si en su tierra es costumbre hacerlo, aquí clavamos una bala entre los ojos por la mitad de lo que usted ha dicho. De modo que retire inmediatamente sus palabras o le mataré como a un perro en cualquier calleja oscura de las que rodean el casino. Hay una en dónde se amontonan las basuras y será ideal para usted.

El sureño no hablaba en broma, y cualquier otro hombre que no fuese Lawson habría reaccionado ante aquellas palabras. Pero a él ni siquiera parecieron afectarle un poco. Resbalaron sencillamente sobre su piel. Desvió un poco la mirada y dijo:

—No me han entendido bien. No he dicho que la señorita Ethel tenga niños, pues en este caso no nos deslumbraría con su belleza como lo está haciendo. He querido decir que tal vez sea la encargada de cuidar niños de una casa rica. ¿O me equivoco, hada?

La mujer se mordió los labios, mientras que el sureño que antes hablara se ponía en pie.

—Nunca he cuidado niños, señor Lawson —dijo ella—. Aunque sí tengo que educar a una jovencita. No me avergüenzo de hacerlo, puesto que educar a alguien es una cosa que sin duda usted no sabría hacer. Por lo demás, puede retirar sus palabras o no, como guste, porque por mi parte me consideraré satisfecha dejándole sin

un dólar.

—Yo no me consideraré tan satisfecho —dijo el sureño.

—Es usted una persona dotada de gran nobleza, señor —repuso Lawson mirándole—. Si yo no fuera un mal bicho, habría reaccionado como usted en circunstancias parecidas. Pero eso hace que le admire más. De modo que ya que la señorita no se da por ofendida, le propongo que dejemos eso y lo olvidemos como se olvidan las frases sin importancia. Lamentaría que una riña originase la muerte de un hombre tan valioso como usted.

—¡Apuesten! ¡Hagan juego, señores! —gritó el *croupier* para que se deshiciese la atmósfera de tirantez que se había formado en la mesa.

—Siete rojo —dijo Lawson.

Ethel contestó:

—Trece negro.

Las apuestas fueron colocadas encima de los números. La bolita volvió a saltar y todos contuvieron la respiración. Esa respiración siguió cortada cuando el *croupier* casi sin aliento jadeó:

—¡Trece! ¡El trece negro!

Ethel miró a Lawson. Y esta vez sí que creyó advertir cierta expresión en su rostro, pero no fue de pena ni de rabia, sino más bien de alivio. Perder hasta el último dólar debió ser un descanso para él, al relajar sus nervios que habían estado en una continua tensión a causa de la tirantez del juego.

—Ha ganado usted una fortuna, señorita Ethel, y eso quizá borre un poco mi incorrección anterior —dijo—. En estas circunstancias, ¿puede usted concretar conmigo una pequeña operación comercial?

—¿Es que quiere usted un préstamo para seguir jugando? —silbó la muchacha.

—¡Oh, no! Pretendo venderle mi maletín. Nada más que eso. Creo que lo va a necesitar usted para llevarse a su casa toda esa cantidad de dinero.

—¿Su maletín? Pero ¿qué pide usted por él?

—El precio que pido por él es que me permita invitarla a tomar una copa.

Ethel echó un poco la cabeza hacia atrás, sorprendida. Supo desde este momento que nunca acabaría de entender a aquel hombre. Él la miró fijamente y en sus ojos grises apareció una

chispita de admiración que ahora ya no disimulaba.

—¿Acepta?

—Creo que hace usted un mal negocio. Pero ha hecho ya tantos negocios malos esta noche que no vendrá de uno más. Acepto.

Lawson se irguió en toda su estatura. Medía casi un metro ochenta y aún le hacía parecer más alto su inmaculado traje gris. Desde luego vestía mejor que cualquier otro hombre de la población. Se adivinaba en él al hombre forastero llegado de un país próspero del Norte, que acababa de ganar la guerra. Hizo una cortés reverencia a todos y musitó:

—Celebraría, señores, que al menos mis absurdas jugadas les hubiesen servido de distracción. Espero que nos veamos otra noche. ¿Vamos, señorita Ethel?

Estaba ya inclinado ante ella, sonriendo. Sin poderlo evitar, Ethel se turbó.

—Vamos —accedió poniéndose en pie.

El salón daba a una terraza cuyas puertas estaban abiertas. En esta terraza había algunas mesas y varias macetas con flores. Pero había sobre todo quietud y silencio y una maravillosa luna. Todo El Paso parecía dormir mansamente bajo los arcos desnudos de aquella terraza entre los que jugaban la luna y a un paso de los cuales estaba el apasionado México.

—Siéntese, señorita Ethel —invitó él—. ¿Qué va usted a tomar?

Ella miró con expresión de duda al solícito camarero, un hombre moreno, bajito y sinuoso, que había iniciado ya una reverencia.

—No sé. Tal vez un refresco de piña.

—Dos refrescos de piña —encargó Lawson.

Y luego se sentó él también, apoyando un codo en la baranda de la terraza y mirando con expresión reconcentrada las débiles luces de El Paso, extendidas bajo sus ojos.

—¿No había estado nunca aquí, señor Lawson? —preguntó Ethel, dominada por una extraña curiosidad.

—No, nunca.

—¿Viene usted acaso de los Estados del Norte?

—Oh, no —sonrió como si acabasen de sugerirle algo que no podía ser de ningún modo—. Vengo de cualquier parte. Soy un aventurero.

—¿Y a qué obedece su visita a nuestra ciudad, si es que cree que

puedo saberlo?

Él hizo un gesto vago.

—Negocios…

Volvió otra vez la cabeza y contempló nuevamente las luces mortecinas de la población sin prestar más atención a Ethel. Ésta sintió que la ira aumentaba en su corazón de un modo fatal, incontenible, y supo también que esa ira se transformaría pronto en un implacable odio. ¿Para qué la había invitado él? Ni siquiera se molestaba en mirarla. ¿O es que acaso quería continuar la burla que ya había iniciado en la sala de juego?

Era muy extraño lo que sucedía con aquel hombre. Ethel en una racha de suerte que ni ella misma lograba comprender ahora, le había dejado sin un dólar, lo qué lógicamente debía hacerle sentirse ante él triunfante, altiva y desdeñosa. Y, sin embargo, era lo contrario. Era él el que la vencía con su indiferencia, con aquel silencio en el que parecía latir un profundo desdén. Ethel se vio reducida sin quererlo a las últimas fronteras de su condición de mujer. Se dio cuenta de que no tenía más remedio que insultar a aquel hombre para reclamar su atención, lo que al fin y al cabo venía a ser como un modo de confesarse derrotada.

Esperó que les sirviesen los dos refrescos, bebió un trago del suyo y entonces dijo:

—¿Es usted siempre tan mal educado señor Lawson?

—¿Yo mal educado? ¿Por qué? —preguntó mirándola con una expresión de burlona inocencia.

—Me ha invitado a beber con usted y ni siquiera me dirige la palabra. Creo que ni siquiera me ha mirado. ¿Qué clase de animales cree que somos las mujeres, señor Lawson? ¿Algo así como los perros, cuya obligación es estarse quietos y silenciosos mientras el amo contempla un paisaje?

Él sonrió con una expresión lejana y abstraída que otra vez dejó desorientada a Ethel.

—Es usted muy hermosa, señorita Ethel. Y cuando un hombre tropieza en su camino con una mujer demasiado hermosa, lo mejor que puede hacer es no fijarse en ella.

—¡Vaya! ¿Sabe decir cumplidos y todo? ¡Veo que sabe hacer algo más, aparte de perder el dinero!

—Perder dinero es difícil —sonrió él—. Yo me atrevería a decir

que es un verdadero arte. No todo el mundo sabe hacerlo bien.

—Para perder esta fortuna con tanta indiferencia debe ser usted muy rico —musitó ella.

—¿Rico yo? —Él le mostró sus manos, que no parecían las de un labriego, pero sí las de un hombre que las ha empleado para el trabajo—. No lo crea. Los aventureros no siempre nadamos en oro.

En la minuciosa mirada con que ella le envolvió ahora, hubo un inconmensurable e infinito desprecio.

—Me parece usted uno de los elementos humanos más bajos que he conocido, señor Lawson —escupió—. Uno de esos bichos despreciables que tienen metida en el alma la pasión del juego y que la satisfacen como sea, aunque lesionen los más sagrados intereses de los otros. Creo no equivocarme si le digo que es usted empleado de confianza o pagador de un banquero, y que se ha jugado el dinero del prójimo.

Él se encogió de hombros.

—Algo así. Pero en cuanto al dinero que he perdido, le prometo que antes lo gané jugando.

—¿Y lo dice con esa indiferencia, con esa falta de escrúpulos, como si hablara de lo más natural del mundo? ¿Qué clase de treta empleará ahora para vivir o enriquecerse de nuevo? ¿O qué piensas hacer para recuperar sus dólares? ¿Atracarme tal vez?

Él se encogió de hombros nuevamente.

—¿Atracarla? ¡Oh, no! Pienso hacer algo mucho más sencillo.

—¿Mucho más sencillo? ¿Qué es?

—Casarme con usted.

Los músculos de Ethel sufrieron una sacudida tan intensa que sin darse cuenta estuvo a punto de ponerse en pie. Sintió confusamente que sus bien cuidadas uñas arañaban la madera del velador. Y su voz brotó silbante cuando dijo:

—Se burla usted de mí porque soy una mujer. Ahora lamento de veras que ese hombre, el que le desafió antes en el salón, no le haya matado.

Lawson extrajo cansadamente de una funda axilar que llevaba bajo la bien planchada americana, un revólver de cachas de marfil, que hizo girar hábilmente en su mano, volteándolo y sujetándolo con tal habilidad que Ethel tuvo que parpadear para poder seguir sus movimientos velocísimos. Y lo más extraño del caso es que él

hacía todo aquello con ademán cansado, aburrido, como si semejante exhibición no le costara el menor esfuerzo.

—Se equivoca, señorita Ethel. Le hubiera matado yo a él. Y como es realmente un hombre noble y valiente hubiese sido lamentable.

Guardó el revólver otra vez y Ethel volvió a apretar los labios con una mueca de desprecio.

—Ahora he visto su verdadera catadura, señor Lawson. Es usted un granuja. Nada más que eso.

—¿Un granuja? En el Sur hay muchos ahora. ¿Qué importa uno más? En cambio, debo reconocer que no hay muchas mujeres como usted. Usted es un ejemplar femenino realmente curioso. Una vulgar señorita de provincias que ha querido sentir emociones y ha tenido el valor suficiente para exponerse a murmuraciones de la gente y venir sola a un casino donde sólo entran hombres. A su modo, es más aventurera que yo. Lo lamentable de todo esto es que no se la ha comido nadie. Ni el hombre ni el león son tan fieros como los pintan. Sospecho que para usted todo esto ha resultado demasiado aburrido y falto de alicientes.

Roja de indignación, Ethel se puso en pie.

—No quiero soportarle un minuto más, señor Lawson. Bébase usted sólo los dos refrescos de piña, y si no puede con tanto eche uno dentro del cañón de su revólver. Espero no tener que verles más. Esta comarca es lo bastante grande para que no volvamos a encontramos.

Recogió el pesado maletín, tan pesado que apenas podía sostenerlo con las manos, y echó a andar hacia la salida. Antes de que llegara a ésta la detuvo la voz de Lawson:

—No olvide pagar los refrescos, señorita Ethel. Como se lleva usted todo mi dinero…

Ella se mordió los labios con tanta rabia, que de ellos estuvo a punto de brotar sangre. Pero quedó helada cuando él dijo, poniéndose trabajosamente en pie y caminando hacia una salida secundaria:

—¡Ah! Olvidaba decirle que el general Wyler, su prometido, murió hace poco… colgando de una cuerda.

## CAPÍTULO VIII

El hombre contempló la hacienda desde lo alto de su caballo, mientras el crepúsculo empezaba a acariciar la tierra con su luz dorada. Vio los hermosos arcos del edificio principal, y se dio cuenta de que, aunque la zona era seca, aquella hacienda resultaba con mucho la mejor de la comarca. La riqueza de los que la poseían debía resultar más que notable.

Y él sabía quién poseía aquello.

Dos hermosas mujeres llamadas Rosanna y Ethel.

El caballo caracoleaba.

Parecía presagiar impaciente la presencia de las yeguas.

—A ti te pasa como a mí —dijo Lawson suavemente—. Las mujeres te vuelven loco.

Y le dejó rienda libre para que se dirigiera hacia la casa.

Un peón mexicano le detuvo cerca de la entrada.

—A la paz de Dios, señor.

Con Lawson, aquello de la «paz» no rimaba demasiado bien.

Llevaba dos revólveres.

Pero sonriendo alegremente y apeándose del caballo dijo:

—A la paz de Dios, amigo. ¿Dónde está la señorita Ethel?

—Salió a dar un paseo a caballo. Lo hace todos los días al atardecer. De paso vigila la hacienda.

—¿Y la señorita Rosanna?

—También ha salido a caballo, pero en dirección distinta.

Lawson arqueó una ceja.

—Vaya… ¡Pues sí que he tenido suerte!

—Puede usted esperarlas si quiere. ¿Quién les diré que está aquí cuando lleguen?

—Lawson… Me llamo Lawson. Pero estoy pensando otra cosa.

—Usted dirá, señor.

—¿En qué dirección ha salido la señorita Ethel?

—Hacia el norte.

—Iré a buscarla. Tengo interés en hablar con ella cuanto antes.

E iba ya a saltar sobre la silla de nuevo cuando se fijó en algo que sobresalía de uno de los bolsillos de la camisa del peón.

—Oiga… ¡qué bonita baraja!

—Es nueva, señor. Pero está preparada para hacer trampas.

—¿De qué modo?

—Ya habrá visto que es una baraja española. Cada tres naipes hay un as de oros. Sabiendo eso se pueden hacer muchas combinaciones.

Lawson extrajo de uno de los bolsillos de su chaleco otra baraja nueva que era también de figuras españolas.

—¿Quiere hacer un buen negocio? —preguntó al peón—. Se la cambio.

—¿Por qué?

—La mía tiene cada cuatro naipes un as de copas. También he hecho con ellas infinitas combinaciones, pero ahora la gente ya se las sabe demasiado y quisiera cambiar. A usted quizá le ocurrirá también lo mismo. ¿Qué le parece? ¿Hace el trato?

El peón cabeceó.

—Sí. La gente ya empezaba a saberse demasiado mi juego. De acuerdo, amigo. Las dos barajas son nuevas. Hagamos el cambiazo.

Cada uno de ellos entregó la suya y se quedó la otra.

Lawson montó a caballo y se alejó.

Estaba satisfecho.

Jugando a la carta más alta y hábil como era él, podría hacer una serie de combinaciones que dejarían sin un dólar a toda la ciudad de El Paso.

Cuando llevaba un rato galopando y bordeaba un bosquecillo se dio cuenta de que no iba hacia el norte, sino hacia el sur.

—¿Qué me ha dicho aquel tipo? —se preguntó dubitativamente —. ¿Me ha dicho hacia el norte o hacia el sur? No me acuerdo…

El cambiazo de los naipes le había hecho olvidarse de aquel detalle.

Pero continuó por el camino que ya llevaba, es decir hacia el sur.

Bordeaba ya del todo el bosquecillo cuando lo pareció oír un ahogado gemido de mujer.

Detuvo el caballo y escuchó mejor. Sí, era como un gemido entre el bosque. Entonces tiró de las riendas y se dirigió velozmente hacia los árboles.

Vio tres caballos ramoneando por allí.

Solamente uno de ellos llevaba la marca de la hacienda, que él había visto en otros animales con los que se cruzó. Los otros dos caballos llevaban unos emblemas para él también muy conocidos. Llevaban la marca de la vieja Caballería del Sur.

Lawson penetró como un rayo entre los árboles.

Y estuvo a punto de arrollar al grupo, tan violentamente había llegado hasta allí. El grupo lo formaban dos hombres que habían derribado a una mujer y trataban de quitarle a puñados la ropa. Era ella la que había gemido angustiosamente.

Y conste que se defendía, la muy condenada.

Uno de los dos tipos ya llevaba la cara cubierta de sangre.

Pero el resultado de la desigual lucha no ofrecía dudas. Ella, con el cuerpo destrozado a golpes, tendría que ceder muy pronto.

Lawson se apeó de un salto.

Los dos hombres le habían visto ya.

Saltaron también con agilidad de gatos monteses, mientras sacaban sus revólveres.

Lawson disparó desde la cadera.

Sus dientes rechinaron.

De los dos hombres uno había estado a punto de alcanzarle, porque disparó también con diabólica rapidez. La bala rozó la cabeza de Lawson, que salió despedido contra el tronco de un árbol. Pero cuando resbaló por él, pasada ya la primera sensación de vértigo, sus dos enemigos caían alcanzados mortalmente.

Lawson guardó el «Colt».

Ya no le hacía falta.

Con ojos pensativos contempló a los dos hombres vestidos como dos vaqueros norteamericanos, no como dos peones, de México. Pero sus camisas aún eran las viejas camisas del Sur. Eran dos prendas semi destrozadas que habían hecho la guerra bajo la bandera de la Confederación.

Lawson pensó que sólo había una explicación para su presencia allí.

Eran hombres de Herter.

Herter, al fin y al cabo, era un bandido. Ya no servía a la bandera del Sur. Si le habían encargado matar a Wyler y luego a su hija no era por servir una causa, sino sólo por deseo de venganza.

Y ahora sus hombres ya estaban allí.

Pandilla de pistoleros sin patria.

Lawson se volvió y miró a la mujer.

Sus ojos grises se clavaron en sus curvas prietas y juveniles.

Se clavaron en sus labios temblorosos y en sus pupilas que destilaban odio.

—Hola, Rosanna —musitó.

Rosanna se cubrió como pudo con los restos de sus ropas.

No dio las gracias al hombre, pese a comprender que él le había salvado la vida.

Simplemente fue a alejarse haciendo un gesto de suprema indiferencia.

Lawson la detuvo.

—Rosanna…

—Cállate, maldito. Nunca he odiado a un hombre tanto. Nunca he deseado de tal manera la muerte de un perro como tú.

Los dedos del hombre se cerraron sobre su brazo.

Apretaron como una tenaza mortal.

—Es curioso —musitó—. Hace cuatro años, el día en que empezó la guerra, tú y yo nos vimos en esta misma ciudad de El Paso.

Ella entreabrió los labios.

Dijo con desprecio:

—Sí. Fue el día en que tú dejaste vivir a Roland.

—Y no quise aceptarte a ti.

—No quisiste aceptarme a mí, que te había amado toda la vida.

—Nunca llegaste a amarme entonces tanto como ahora me odias.

—No. Seguro que no. Odiarte más ya es imposible.

—Todo porque no quise aceptar una mujer que había ganado en el juego.

—Debiste aceptarme. Yo despreciaba a Roland con toda mi alma. Ni siquiera cuando me enteré de que había muerto en la guerra tuve compasión de él. ¿Pero por qué no me aceptaste? ¿Por qué no fuimos uno para el otro tal y como yo había soñado? ¿Por

qué no?

—Porque no quería hacerte una desgraciada. Yo no soy más que un jugador y tú eras la hija de un truhan que se estaba haciendo multimillonario. Además te gustaba. Tú siempre has gastado el dinero a manos llenas y luego no te hubieses acostumbrado a no hacerlo.

—Contigo hubiera sido distinto.

—¿Lo creíste así durante la guerra?

Rosanna dijo con rencor, mientras se desprendía violentamente de aquel garfio de acero que eran los dedos de Lawson:

—Te hubiese matado cuando te hicieron prisionero. Sólo quería eso: que me miraras a la cara para escupirte mi desprecio y matarte. Pero tú no me miraste una sola vez.

—Quizá no tuve valor para hacerlo. Quería obrar como si fueses una desconocida y pensar sólo en mis compañeros muertos.

—No comprendo cómo pude resistir la tentación de coserte a balazos.

—Pero al día siguiente, cuando me hiciste destrozar a latigazos, tuviste la seguridad de que estaba muerto.

—Sí. Entonces tuve la sensación de que había acabado contigo y de que me había vengado bien. Lamento que no fuera cierto.

—¿Por qué te cubriste la cara? ¿Por qué te pusiste bajo los ojos aquella especie de mordaza? ¿Pensaste que no iba a reconocerte?

—No se trataba de eso. Al contrario, quería que me reconocieras. Sólo así mi venganza tenía sentido. Sólo así te haría pagar el desprecio con que un día me humillaste. Pero quería que un par de hombres de los que formaban el grupo no me reconociesen. Que al menos no tuvieran la seguridad de que era yo, porque eso me hubiera podido acarrear complicaciones con mi padre.

Lawson desvió un momento la mirada.

Todo aquello le parecía extraño, irreal. Le parecía como si el tiempo no hubiera transcurrido y como si no hubiera sonado aún aquel fatídico grito: «¡Viva la independencia! ¡Ha empezado la guerra!». Como si Rosanna fuese aún la muchacha que tenía ilusiones, no la fiera sanguinaria que más adelante fue.

Pero todo aquello eran sueños.

Cuatro años de horror los separaban.

Cuatro años y una montaña de muertos. Entre ellos el propio general Wyler, para quien la guerra no había sido más que un infernal y despiadado negocio.

Se volvió levemente.

—¿Tanto odias a los hombres? —susurró.

—Los odio a todos porque en todos me parece verte a ti. ¿Pero por qué preguntas eso?

—Porque cuando te vi aparecer con aquellas damas de la Liga de la Moral atizando paraguazos, me pareció que soñaba. Y comprendí que para mezclarte con aquellos vejestorios sólo te animaba el odio, el ansia de ejercer una violencia que la paz ya no te permitía. ¿Pero por qué no me pegaste apenas a mí? ¿Por qué te quedaste tan paralizada?

—Estaba tan asombrada que no podía ni mover el brazo.

—También estaba asombrado yo —susurró Lawson—. Por un momento me pareció que no habían transcurrido esos cuatro horribles años.

—Pues han transcurrido —dijo Rosanna con voz helada—. Han transcurrido y te odio más que nunca. No he perdido la esperanza de volver a hacerte azotar algún día. De ver como mis hombres te arrancan la piel a tiras. Pero te juro que esta vez me aseguraré bien de que has muerto.

Lawson sonrió levemente.

No lo hizo con su característica alegría, sino con un fondo de amargura y tristeza.

—Es curioso —dijo—. A mí me han pagado para que viniese a matarte a ti.

—¿Quién?

—Un ex coronel llamado Herter, quien conocía las traiciones de tu padre, el general Wyler. Esos dos hombres que ves retorcidos ahí pertenecían a su grupo. Y su presencia me hace sospechar algo.

—¿Sospechar qué…?

—Que Herter quiere mataros a las dos mujeres que vivís aquí y robar el dinero que tengáis. Luego me acusará a mí. Al fin y al cabo mucha gente sabe que he cobrado para matarte.

—¿Y… lo vas a hacer?

—Nunca pensé hacerlo. Sólo quería tener la oportunidad de verte otra vez. Porque, al contrario que tú, yo no te odio, Rosanna.

Ella se estremeció.

La vieja pasión rebrilló en sus ojos, que parecían hechos exclusivamente para el amor y el odio.

—Entonces casémonos, Lawson. Aún podemos volver a empezar. Aún pueden rehacerse nuestras vidas.

Lawson rió levemente.

—Sabes de sobra que soy un jugador, y por tanto he consultado mi porvenir con los naipes.

—¿Y qué te dicen los naipes?

—Que tienes que abandonar todo esto. Devolverlo a los colonos a quienes Wyler se lo arrebató. Reparar con ése sólo gesto todas las canalladas que él hizo.

Los dientes de Rosanna rechinaron.

—Tus naipes no dicen más que tonterías —farfulló.

—Pues hasta ahora me han ayudado a vivir.

—Hay una persona que sí que está abandonando todo esto: Ethel, la estúpida maestra a la que un día contrató mi padre.

—¿Por qué lo abandona?

—Porque se ha enterado de que el general ha muerto y por tanto ya nunca se casará con él.

—Yo mismo se lo dije —murmuró Lawson—, pero tuve la sensación de que no me creía.

—Pues luego se ha convencido. Y se ha convencido también de la verdad de algunas «hazañas» de mi padre. Ella le tenía por un hombre completamente distinto. Pero un veterano del ejército le ha contado quién era realmente.

—No pareces muy orgullosa de tu padre.

—Nunca lo estuve. Sé perfectamente la clase de tipo que era.

—¿Y ella abandona la hacienda por eso?

—Sí.

—¿Renunciando a todo?

—No tiene ningún mérito. Ethel siempre ha sido idiota. Si quiso ser rica fue para ayudar a su familia, pero ahora ni eso hará. Quiere mantener el viejo orgullo del Sur, y, sin embargo, no tiene sentido práctico.

—Bueno, de todos modos no se marcha tan pobre —musitó Lawson, sonriendo—. Se lleva quince mil pavos.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No he de saberlo? Me los birló a mí…

—Deben ser los quince mil dólares que ha repartido entre los colonos —dijo Rosanna, sin dar al hecho la menor importancia.

Lawson palideció.

Su mirada se perdió por unos momentos en la lejanía.

Lo único que pudo decir fue:

—Es una señora…

—¿Qué es lo que estás susurrando?

—Nada. No tiene importancia.

Ella insistió:

—Lo tenemos todo. Tenemos todo lo que ganó mi padre. ¿Qué más queremos? ¿Por qué no empezar de una vez lo que nunca pudo ser?

—Precisamente porque todo eso lo «ganó» tu padre.

—Olvídalo.

—Eso es muy difícil, muchacha. Y hay gente que no lo olvidará jamás.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es cierto, y porque además tú misma lo notarás si aguzas un poco el, oído.

En efecto, al quedar en silencio, Rosanna escuchó aquellos sonidos traídos por el viento favorable.

Disparos de rifle que llegaban desde la parte principal de la hacienda, como lejanos mensajeros de muerte.

## CAPÍTULO IX

Lawson indicó rápidamente a la muchacha que montara a caballo. Los de los dos sudistas muertos aún ramoneaban por allí.

Sus gestos se hicieron febriles.

Se daba cuenta de que cada segundo contaba.

—Los hombres de Herter —dijo.

—¿El coronel de que me hablaste?

—Sí. Quiere apoderarse de todo lo que «ganó» tu padre.

—Pero… ¡es absurdo! ¡No puede atacarnos! ¡Estamos en México! ¡Estamos en la parte de Ciudad Juárez, no en la parte de El Paso! [1] .

—La frontera se nota muy bien en la ciudad, pero no fuera de ésta —dijo Lawson—. Además, mientras dure el bandidaje, se ha establecido aquí un mando militar conjunto. Puede decirse que esto es de momento un solo país.

—¿Entonces tú crees que…?

—Sí. Están atacando la hacienda y matarán a todo aquel que se resista. Hemos de darnos prisa.

Ella apretó los labios.

—Tú eres un hombre solo, Lawson.

—Los jugadores siempre jugamos solos. Y esta vez la partida es como siempre; sólo que en vez de naipes hay revólveres.

—No nos metamos en este lío, Lawson —barbotó ella—. Dejemos que los maten a todos. No encontrarán demasiado dinero en la hacienda. Y aunque roben algo, ¿qué? Nuestra verdadera riqueza está en las tierras y en los rebaños, y eso no pueden llevárselo. ¡Deja que los maten! ¡Lo único que nos interesa a ti y a mí es vivir!

Lawson la miró otra vez de aquella manera lejana.

Con una especie de pena en el fondo de sus pupilas.

—Tú siempre serás la misma, Rosanna.

—¡Déjalos!

—Ya no puedo dejarlos, Rosanna. Vienen hacia aquí.

En efecto, cuatro jinetes se acercaban al galope.

—Vienen a buscar a sus compañeros —murmuró Lawson—. No saben que están muertos.

Los cuatro jinetes pertenecían a la cuadrilla de Herter. Lawson los conocía muy bien. Y sabía que en cuanto descubrieran a sus enemigos muertos allí sólo podría hablar la voz del «Colt».

Penetraron entre los primeros árboles del bosque.

Y al ver los cadáveres lanzaron al unísono un grito. No necesitaron que nadie les explicara lo que había sucedido. Los cuatro giraron sus rifles hacia Lawson.

Éste había movido ya la derecha.

Sus ojos se habían empequeñecido hasta parecer dos puntitos de acero.

Tiró desde la cadera.

Sus disparos fueron los de un verdadero diablo. Dos de los jinetes cayeron instantáneamente, sin llegar a apretar los gatillos.

Los otros dos llegaron a disparar, pero los rifles casi les estorbaban yendo al galope. Bailaban demasiado en sus manos, y las balas se perdieron por muy poco. Una se empotró en el suelo, junto a los pies de Lawson, y la otra le rozó el hombro izquierdo, obligándole a girar violentamente. Pero, aunque saltó la sangre, la herida no impidió a Lawson seguir el combate.

Su «Colt» parecía un huracán de fuego.

En el momento en que su dueño caía al suelo a causa del impacto, el revólver disparó dos veces más.

Los otros dos jinetes fueron alcanzados. Uno de ellos mortalmente, porque dio un terrible salto y cayó al suelo de bruces, quedando como empotrado en él. Pero el segundo sólo resbaló de la silla, soltando el rifle y lanzando un grito de dolor.

El joven no pensaba matarlo.

Gritó:

—¡No toques las armas, muchacho!

Pero en aquel momento sucedió algo que no esperaba. Algo que le llenó de asombro y al mismo tiempo provocó en él un oscuro sentimiento de repulsión.

Fue la ferocidad de Rosanna.

Aquel odio salvaje hacia todos los hombres y en general hacía todo lo que palpitaba sobre la tierra.

Rosanna había desenfundado el cuchillo de uno de los muertos. Se lanzó sobre el herido.

Lawson barbotó:

—¡Quieta…!

El grito sirvió de poco. Rosanna había hundido ya dos veces la hoja de acero en la garganta del herido.

Rugía palabras ininteligibles.

No era una mujer, sino una auténtica fiera.

Lawson aulló de nuevo:

—¡Quieta! ¡Déjale!

En aquel momento uno de los jinetes caídos se estaba incorporando ya con sus últimas fuerzas. Alzó el revólver en su derecha temblorosa.

Lawson lo vio en el último segundo.

Barbotó:

—¡Nooooo…!

Y giró también el revólver hacia él. Hizo fuego porque no podía entretenerse en contemplaciones. Porque necesitaba salvar como fuese a Rosanna.

Pero ya no llegó a tiempo.

El sudista había disparado.

Y la bala acababa de hundirse en el pecho de aquella muñeca tan sanguinaria como hermosa.

Maquinalmente, Lawson había disparado también.

El proyectil acabó con el sudista, aunque la verdad era que éste ya no lo necesitaba. Al apretar el gatillo contra Rosanna había consumido sus últimas energías.

Lawson se inclinó sobre ella.

Los ojos de Rosanna estaban vidriosos.

Una sola ojeada le bastó para darse cuenta de que la herida era mortal. Ya nada se podía hacer por ella.

Rosanna balbució:

—Tú me ganaste a las cartas y… y me despreciaste… Pero algún día… algún día te ganarán a ti…

—Ninguna mujer puede ganarme a los naipes —dijo suavemente Lawson.

—Pues ten cuidado… Y sólo se puede pedir al destino que esa… que esa mujer… te merezca.

Inclinó la cabeza.

Lawson apenas pudo sostenerla.

Resbaló de entre sus dedos.

La altiva Rosanna, la cruel hija del cruel general Wyler, acababa de exhalar su último suspiro.

Lawson se irguió.

Una especie de neblina pasaba por delante de sus ojos. Le parecía haber vivido un maldito sueño.

Pero tenía que despertar.

Se oían disparos en todas partes.

Los fanáticos hombres de Herter estaban atacando la hacienda. La cosa, para Lawson, estaba clara. Luego le culparían a él.

El joven fue hacia allí.

No sólo había recargado su revólver, sino que se apoderó del rifle de uno de los muertos. Montó a caballo de un salto y galopó hacia los edificios.

La escena era difícil de describir.

Y aquello sí que daba la sensación de una auténtica pesadilla.

Los hombres de Herter habían entrado a mansalva, disparando contra todo el mundo, hombres o mujeres. Los peones mexicanos, mal armados, habían tenido muy pocas oportunidades para defenderse. Y aquello hubiera terminado en una espantosa masacre de no ser por la llegada de Lawson.

Lawson atacó a los asaltantes por la espalda.

Y no tuvo piedad.

Antes, durante la guerra, aquellos hombres de la Confederación habían sido también sus enemigos. Pero merecían un respeto, y por esa razón Lawson no vaciló luego en aliarse con ellos para castigar a un traidor como Wyler. Ni le había repugnado tampoco aceptar el trabajo de matar a Rosanna, aun cuando desde el primer instante lo único que pensó fue advertirla para que se salvase. Pero ahora era distinto. Ahora se habían transformado en unos asesinos.

Los jinetes galopaban delante de él.

Seguían disparando a mansalva, pensando realizar una auténtica matanza.

Lawson disparó a mansalva también.

No vaciló.

Cinco balas, cinco hombres.

Los jinetes de Herter caían como peleles.

Cuando llegó al edificio principal de la hacienda, Lawson ya había soltado el rifle para manejar el revólver. No podía perder tiempo recargando el arma. Y su «Colt» tampoco desperdició una sola bala, porque seis hombres más de los que realizaban el asalto cayeron fulminados para siempre.

La puntería de Lawson siempre había sido endiablada, pero en esta ocasión las circunstancias le ayudaron también. Los sudistas no esperaban aquel ataque y además ofrecían un magnífico blanco. Ninguno de ellos acertó a cubrirse.

Lawson entró en la casa por una de las ventanas.

Varios sudistas estaban ya allí.

Se dedicaban a saquear todo, abriendo los cajones y destrozando los muebles.

No se distinguía a Herter, con su mirada de loco y sus largas barbas de profeta.

Pero en cambio a Lawson sí que le distinguieron. Dos de los sudistas se volvieron hacia él cuando se disponían a subir las escaleras.

—¡Maldito perro…!

—¡Es Lawson! ¡Hay que acabar con él!

Lawson pensaba lo mismo, pero al revés.

Que había que acabar con los tres.

Disparó arqueando el cuerpo. Sus balas fueron implacables y mortíferas. Los dos asaltantes se contorsionaron mientras soltaban sus armas.

Por todas partes se oían gritos.

Lawson entró de golpe en otra de las habitaciones.

Uno de los forajidos arrastraba por los suelos a una muchacha.

Lawson no perdió tiempo.

¿Para qué?

De una bala lo dejó materialmente clavado en la pared.

Luego subió al piso superior. Los disparos habían cesado casi por completo, lo que indicaba que los asaltantes habían sido barridos. Lawson corrió por uno de los pasillos con el revólver preparado.

No se dio cuenta de que una puerta se acababa de abrir en

silencio tras él.

No pudo ver que un revólver le apuntaba a la espalda.

—¡Cuidado!

Lawson se volvió de repente. Su cintura giró con la velocidad de una peonza.

Pudo disparar.

El hombre que le apuntaba desde el hueco de la puerta sintió el choque de la bala en la mandíbula. No se dio cuenta de nada más.

Pero Lawson sabía que sin aquella advertencia, sin aquel grito de mujer, él sería ahora el muerto. Buscó con los ojos a la que le había salvado la piel.

Vio abajo a Ethel.

A la orgullosa jugadora del casino de El Paso.

Pero ahora Ethel no llevaba un lujoso vestido, sino unas modestísimas ropas. No llevaba joyas, sino que lucía desnudas sus muñecas y su esbelta garganta.

Lawson no tuvo tiempo de mirarla más.

El propio Herter había aparecido a un lado de las escaleras. Sus barbas de profeta parecían flotar en el aire. No disparó sino que le atacó con un sable, al viejo estilo de la caballería.

Herter se había transformado en un bandido, pero a su manera aún era orgulloso. Aún conservaba algo de su viejo honor militar.

Lawson no disparó tampoco.

Saltó por encima de la barandilla al piso inferior.

Había allí una panoplia con armas. Con las espadas del general Wyler.

Herter bajaba aullando.

Lawson le recibió al pie de la escalera.

Sus sables chocaron.

Sus dientes rechinaron de odio.

Herter lanzó un tajo. Lawson hubo de dejarse caer casi de rodillas para que el filo del acero no le segara la cabeza.

Atacó a su vez.

La punta del sable buscó el vientre de Herter. Éste saltó con la agilidad de un soldado de veinte años. Empezó a retroceder subiendo la escalera, mientras los sables chocaban.

Herter cedía terreno.

Su enemigo era más rápido y más fuerte que él.

Y también había servido en la caballería, el muy condenado. Aunque en la del Norte.

Pero Herter empleaba la astucia también. Hizo una finta con el sable y desorientó a Lawson. Entonces, con un rápido movimiento, le clavó un puntapié en el pecho. Lawson no pudo evitarlo y cayó rodando escaleras abajo.

Su enemigo saltó tras él.

Rugía de alegría y de odio.

Ya creía tenerlo seguro.

Alzó el sable sobre la cabeza del caído. Ethel, que lo veía todo, lanzó un grito de horror.

Y aquel grito de horror se mezcló con un estertor de muerte.

Lawson acababa de lanzar el sable como el que lanza una jabalina.

La hoja de acero se hundió hasta su mitad en el estómago de Herter. Realmente lo atravesó por entero. El ex coronel trató de arrancárselo con un gesto de dolor, mientras sus rodillas se doblaban y brotaba la sangre.

Cuando Lawson se levantó, Herter ya estaba muerto.

Ethel se había llevado las manos a la boca.

Estaba muy quieta, terriblemente quieta.

Lawson se acercó a ella.

—Te debo la vida —murmuró—. De no ser por ti me hubieran cosido a balazos hace unos momentos.

—No debes darme las gracias por eso —susurró Ethel—. Lo hubiera hecho hasta por un enemigo. ¿Qué ha sido de Rosanna?

—Ha muerto. Los hombres de Herter la han asesinado.

Ethel solo pudo balbucir con un soplo de voz:

—Dios santo…

—Pienso que era inevitable, Ethel. A Rosanna le tenía que suceder. Pero yo lo lamento tanto como tú.

—La conocía desde que… ¡desde que ella era tan distinta! Desde antes de que la guerra la convirtiese en una especie de fiera. Tú no comprenderás nunca lo que eso significa para mí.

—Al contrario, Ethel. Lo comprendo muy bien.

Ella volvió la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—Voy a atender a los heridos —dijo—. Al menos haré algo útil. Y luego me marcharé para siempre de esta casa que no me

pertenece.

—¿Por qué no te quedas aquí? Wyler y Rosanna han muerto. ¿Qué te impide ser la dueña?

—Sólo una cosa: el saber que todo esto ha sido robado. Antes lo ignoraba, pero ahora lo sé. Y creo que son los colonos, exclusivamente ellos, quienes deben poseerlo. Por eso me iré.

—Eres una chica admirable, Ethel. Siento haberte juzgado mal en un sentido.

—Ah… ¿Sólo me has juzgado mal en un sentido? ¿Y en el otro me has juzgado bien? ¿En qué otro sentido?

—Pues verás… Yo pensaba: «Moralmente esta chica no vale gran cosa, pero físicamente… ¡Cuerno, físicamente es toda una señora!».

—Y tú eres un sinvergüenza, Lawson. Tú no serás nunca un señor.

—Lo confieso. Nunca lo seré. Yo sólo soy un jugador de ventaja. Un bicho que hace trampas. ¿Pero qué quieres que te diga? Me he enamorado de ti.

—Tú nunca te has enamorado de ninguna mujer. Y no es eso solo: no te enamorarás jamás.

—Bueno, a veces eso es cuestión de tiempo. Por ejemplo, ¿por qué no hacemos una prueba?

—¿Una prueba de qué clase?

—Jugamos a la carta más alta. Si yo gano, te tengo a prueba una temporadita. Si me gustas me caso contigo, y si no me gustas te dejo y en paz.

Ethel le miró de soslayo.

—¿Y si gano yo?

—Entonces me tienes a prueba tú a mí. Y me sueltas cuando quieras. O no me sueltas nunca, como te parezca.

Lawson pensó que la chica le iba a romper algo sobre la cabeza. Pero, en contra de lo que suponía, ella murmuró:

—Acepto. A la carta más alta. Pero jugaremos con mi baraja.

—Ah… ¿Tú tienes una?

—Esta vez sí.

Y Ethel extrajo del único bolsillo de una falda un mazo de naipes que depositó sobre la mesa.

—¿Quieres barajar?

—No, no hace falta —dijo él con negligencia—. Me limitaré a

cortar. Lo siento, pero ganarte va a ser un juego de niños. Yo soy un profesional.

—De acuerdo. Ahora que has cortado elige.

Él tomó un naipe, pero no al azar, porque al cortar había visto un rey. Lo tomó entre sus dedos.

—Lo siento, muñeca. El rey de espadas. Me parece que acabo de ganarte.

Ethel miró la baraja.

Pareció hacer una serie de cálculos sin tocarlas.

Y al fin eligió.

Mostró el naipe entre sus dedos.

¡Un as! ¡Un as de copas!

—Lo siento —dijo—. He ganado.

Lawson estaba asombrado, perplejo.

Era la primera vez que le ocurría una cosa así.

—¿Pero cómo has podido…? —barbotó.

Y de pronto esparció la baraja por la mesa mientras lanzaba un gruñido.

—¡No puede ser! —barbotó—. ¡Aquí hay trampa! ¡Cada tres naipes de esta baraja es un as de copas!

—Naturalmente que sí, querido —murmuró ella tranquilamente —. Ya lo sabía, pero se da la casualidad de que esa baraja es la tuya. Se la quité hace poco a un peón porque no me gusta que jueguen. Y ahora te advierto que has caído con todo el equipo. Estás listo. Da la casualidad de que tú a mí no me disgustas ni pizca, y por lo tanto, voy a hacer que la prueba dure muchos años, muchos años… Toda la vida.

Lawson gruñó:

—¡No puede ser! ¡Trampa! ¡Trampa!

Pero él sabía que tendría que aguantarse.

Las deudas de juego son sagradas, aunque por su culpa uno tenga que meterse de cabeza en una sacristía.

FIN

# NOTAS

[1] Ciudad Juárez y El Paso son dos ciudades que forman en realidad un solo núcleo urbano. La primera se halla en el lado de la frontera correspondiente a México, y la segunda en el correspondiente a Estados Unidos de América. (N. del A.). <<